

*Rancho Anderson 1*



EVA RIVER

**Tu destino**  
*Rancho Anderson 1*

**EVA RIVER**

© Eva River, 2018  
Imágenes de portada by Pikisuperstar.  
Diseño de portada by Eva River.  
Todos los derechos reservados.

# Tabla de Contenido

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[Serie «Rancho Anderson»](#)

[Tu casualidad \(Una probadita\)](#)

[Contacto de la autora](#)

# 1

—Mamá, este pastel no está bueno. Será mejor que me deshaga de él.

La madre rodeó la mesa solo para abrazar a Declan, su hijo menor, y darle un beso en la frente.

Riendo, él engulló otro bocado de pastel de arándanos como si se estuviera muriendo de hambre mientras le guiñaba el ojo con picardía.

—Ajá, malo. Lo único malo aquí es tener que pasarme horas en la cocina para que ustedes devoren mi pastel en un santiamén.

Se quitó la toalla del hombro y repartió tres suaves azotes con él, uno para cada hijo.

Travis recibió el suyo en el trasero. Con una sonrisa deslizó otro bocado azucarado en su boca.

El pastel de Lou no era ordinario. Había ganado cintas azules en la feria del condado por cinco años consecutivos. Y esa era solo su tarta de arándanos. El pastel de chocolate blanco de Louise Anderson pondría fin a las guerras mundiales.

La mujer que era el centro del universo de los hombres Anderson se sentó junto a su esposo.

En lugar de tomar un bocado de su propio pastel, cruzó las manos sobre el mostrador.

—Creo que es hora de que hablemos con ellos, John.

Tres tenedores se congelaron en varias posiciones, colgando en el aire, revoloteando sobre un plato y uno embutido en una boca.

—¿Sobre qué? —preguntó Josh, con los dientes manchados de pastel.

—Por el amor de Dios, Josh. ¿Acaso no te he enseñado que no se habla con la boca llena?

—No me gustan las noticias. Rara vez son buenas.

—¿Por qué dices eso? —Los ojos de John se arrugaron con diversión.

Su cara era cuero curtido después de años al aire libre. Su duro trabajo en el Rancho Anderson estaba grabado en cada pliegue.

—Porque cada vez que nos sentamos para un anuncio, es malo. ¿Recuerdas cuando éramos niños y nos dijiste que Mirabelle había muerto?

—Declan estaba destrozado por la muerte del viejo perro —dijo Travis.

Su hermano tenía cinco años cuando sucedió. Al ver lo abatido que estaba, Travis lo había subido a un caballo y habían cabalgado por todo el rancho, fingiendo que eran indios que habían venido a cuidar a la familia.

Declan le lanzó una sonrisa que no podía ser más falsa.

—No olvides la vez que nos dijiste que nos quedaríamos una semana entera con la tía Diane. —Josh fingió un escalofrío y todos rieron.

Travis se recostó en la silla, prestando atención a sus hermanos.

—La tía Diane trajo esa gran caja de nueces y ramitas y trató de obligarnos a comerlas.

—Comida saludable —corrigió Lou.

—Estoy bastante seguro de que había comido algo de eso antes, en el campo.

Josh se metió la tarta en la boca como si estuviera borrando el recuerdo.

—Esa única vez que vino, trajo una jarra de betún de un galón.

Declan extendió sus manos indicando el tamaño.

Lou apretó los labios, con los pelos de punta como siempre que hablaban de su única hermana.

—Era una botella pequeña, por todos los cielos, Declan. No seas exagerado.

Declan puso cara de incredulidad y comenzó a recordarle a su madre cómo la tía Diane les había hecho pulir sus botas una y mil veces. Se puso de pie, puso una bota en el asiento e hizo un exagerado pulido con su servilleta de manera que pareciera como si cortara troncos.

Josh se echó hacia atrás, su cara roja de risa.

—¿Recuerdan esa vez que nos quedamos con ella mientras mamá y papá iban a esa subasta de tres días? —Travis no pudo resistirse a agregar su propio recuerdo.

—¡Dios mío, esa historia otra vez! —Lou agitó una mano—. Todos ustedes sobrevivieron. No estuvieron encerrados en una mazmorra durante tres

días.

—Ella nos llevó a la iglesia con ese predicador loco, pero no nos dejó subir al coche. Nos hizo caminar al costado y observar si había clavos en el camino para que no se dañara la llanta.

Travis acabó con su plato de pastel mientras sus hermanos lo apoyaban con esa experiencia traumática.

Hasta que la charla se silenció y John alzó una mano.

—Esto no se trata del perro o la tía Diane.

Todos se pusieron serios.

—¿De qué se trata? —preguntó Travis.

—Del rancho —dijo Lou.

Travis se enderezó, preparado para recibir noticias sobre impuestos atrasados o vender parte del precioso terreno a esos vecinos apestosos a varias millas de distancia, los Sanders.

Colocó las manos sobre la mesa y contuvo el aliento.

Tres pares de ojos azules casi idénticos se clavaron en sus padres. Eran todos morenos como su padre, pero guapos como su madre. Mientras ella era delicada, él tenía el cuerpo de un viejo tractor Massey y los años no conseguían menguarlo.

—¿Qué pasa con el rancho? —preguntó Travis.

—Es un gran rancho y es difícil mantener cada centímetro de él —comenzó Lou.

Josh, el menos paciente de todos, dio un golpe con la punta de los dedos sobre la mesa, haciendo que el tenedor vibrara.

—Si van a decirnos que están vendiendo...

John se recostó en su silla, mirándolos uno a uno.

Cuando llegó a Travis sintió que el peso de esa mirada era el mismo que había tenido a los 9 nueve años.

—No estamos vendiendo. No exactamente.

—¿Qué significa eso? —preguntó Josh.

—Su madre y yo hemos trabajado este rancho desde que nos casamos. Ha habido sudor, lágrimas y muchas peleas. Pero todo eso ha valido la pena porque siempre tuvimos clara nuestra meta. Legar esto a nuestros hijos. Así que hemos dividido el rancho en cuatro partes por igual, tres para cada uno de ustedes y una para nosotros. Todas tienen agua para ganado y pasto para pastoreo.

—¡Santa mierda! —exclamó Declan, levantándose de golpe.

—Pero hay condiciones —dijo el padre.

Declan se dejó caer de nuevo en su asiento y se metió dos bocados de pastel en la boca.

—No me importan las condiciones. Haré lo que sea para tener un pedazo del rancho y vivir toda mi vida aquí —dijo.

—Bueno, eso es lo que esperamos, cariño —dijo Lou sonriendo a John.

Cuarenta y cinco años de arduo trabajo habían construido ese rancho y las semillas del amor habían florecido. Cientos de animales sanos habían sido vendidos por mucho dinero y tenían una cosecha comercial de heno.

—Los escuchamos —dijo Travis con un respetuoso asentimiento.

—Bien. Lo que esperamos es que ustedes, muchachos, vayan a encontrar chicas guapas con las que establecerse.

De pronto todo pareció congelarse en el tiempo. Nadie se movió, nadie habló.

Travis por fin reaccionó.

—¿Lo que esperan? ¿Chicas guapas? ¡Establecerse!

Apenas pudo hablar. Después de la sorpresa inicial ahora solo sentía un revoltijo en el estómago.

No había estado con una mujer en mucho tiempo. Después de trabajar dieciséis horas al día en lo que menos pensaba era en ir a la ciudad en busca de diversión hasta altas horas de la noche.

—Lo que dice su padre, muchachos, es que queremos que piensen en algo más que trabajar y trabajar. Es hora de que piensen en una familia. Entonces podrán tener su pedazo de tierra para que la saquen adelante tal como su padre y yo una vez lo hicimos.

—¿Es una broma? —preguntó Josh.

—¿Te parece una broma?

—No lo puedo creer... pero qué... Esto es medieval. ¿De casualidad no quieren elegir a nuestras esposas por nosotros?

—Nunca harían eso, Josh. Cállate y piensa en lo que nos están ofreciendo —dijo Declan.

—Sí, estoy pensando en un pedazo de tierra a mi nombre, terreno por el cual me rompo el culo trabajando todos los jodidos días. Y estoy dispuesto a seguir haciéndolo porque amo este rancho, pero... —Golpeó ligeramente la mesa con los dedos al ver la mueca que le hacía su madre debido a su lenguaje—. No me parece justo dictar condiciones como esta.

Estoy de acuerdo en que todo tiene su precio, pero esto es totalmente irrazonable. ¿Supongo que también nos dirían cómo trabajar nuestra tierra?

—Sería tuyo para que hagas lo que desees. Si deseas venderla, apostarla, o regalarla... es tu decisión.

Ninguno de ellos haría tal cosa con el Rancho Anderson, amaban a esa tierra como jamás habían amado nada y no conocían otra cosa que trabajar y ver los frutos de su esfuerzo.

—Sigo pensando que es medieval.

Josh se recostó contra su silla y cruzó los brazos sobre el pecho. Los botones de su camisa de franela se apretaron y parecían dispuestos a saltar en cualquier momento.

—¿Qué pasa si no podemos encontrar una esposa? —preguntó Travis.

—Entonces esperarán hasta que la puedan heredar. Mientras tanto, saben que siempre van a tener un lugar en esta casa.

Josh se pasó una mano por su desordenado cabello.

—¿Cuál de ustedes ideó este plan? —preguntó a sus padres.

—Lo decidimos juntos. Tu mamá cree que necesitan el cuidado de una buena mujer y creo que la tierra necesita el de un buen hombre.

—No va a ser fácil, papá —comentó Travis—. Rara vez vamos a la ciudad. Conducir una hora después de haber realizado un día completo de trabajo no nos atrae a ninguno de nosotros. Viajar en el autobús a la escuela durante años ya había sido bastante malo.

—Tal vez podría encontrar una mujer si salgo a la luz de una parada en Vixen —dijo Declan con ironía.

—Siempre puedes ir al mercado —agregó Josh, asomándose otra vez en la cocina.

—Ese mercado tiene precios altos —murmuró Lou.

—No olviden la cafetería —dijo Travis sonriendo.

En su adolescencia habían merodeado por la cafetería, fingiendo que les gustaban los pastelillos solo para atraer a las chicas que solían pasar la tarde ahí.

También se habían divertido mucho en el estacionamiento trasero.

—Encontrar a la mujer perfecta para llenar tu vida de alegría nunca es una tarea fácil, Travis —dijo Lou—. Pero creemos que hay una para cada uno de ustedes. Así que es hora de que se bañen, se pongan su mejor ropa y vayan a cortejar.

—En realidad ya no lo llaman cortejar, papá —Josh se rio entre dientes.

—Como sea que lo llamen, vete y hazlo.

El rostro de su padre era de piedra. Una vez que tenía la mente puesta en algo, no había una persona en todo el mundo que pudiera influir sobre él.

Bueno, tal vez una, Lou. Tal vez...

Desafortunadamente, esta vez ella estaba de su lado.

## 2

En el instante en que Elizabeth se desvió de la carretera principal hacia el pintoresco camino rural bajó las ventanillas.

El smog y el ruido de Phoenix estaban muy atrás.

Ahora se encontraba en la tierra de los vaqueros. Todavía no había visto a ninguno de esos hombres hermosos y robustos de la publicidad de los cigarrillos, pero no podían ser un mito.

Con la brisa jugueteando con sus rizos castaños y la radio a todo volumen, iba tarareando una canción vieja de country.

En la ciudad había sido tan urbana como la que más: ropas de diseñador, salones de belleza, apartamento en la mejor zona y un novio fino...

Un novio rico, que no era ni viejo ni calvo y... bueno, eso era todo lo que podía decirse sobre Stephen.

En los últimos seis meses, la vida de Elizabeth había cambiado por completo.

Había abandonado a su novio, había dejado su trabajo en una tienda minorista de alta gama y había huido de su casa en busca de algo nuevo.

Mejor.

Más tranquilo.

Le estaba tomando el truco a la música country. Cada canción parecía tratarse de una niña, una camioneta y una cerveza.

Dejó que su mente deambulara por senderos rurales y pastos altos. El ganado salpicando los campos y las cercas infinitas.

Un buen sitio para comenzar de nuevo, aunque necesitaba encontrar un poco de urbanización, tampoco quería vivir aislada del mundo.

Mientras otra melodía se filtraba por los altavoces de su coche, tamborileaba con los dedos sobre el volante y se llenaba del paisaje bañado por el sol. Lástima que el sol no podía brillar dentro de su corazón y barrer las sombras impertinentes que allí vivían.

Estaba tan distraída que no disminuyó la velocidad al acercarse a una curva y cuando lo hizo no fue suficientemente rápida.

Había un montón de animales dispersos por toda la calle. Patas y cuernos se movían en todas direcciones.

Elizabeth ahogó un grito y pisó fuerte los frenos, haciendo que el coche patinara.

—¡Maldición!

Algunos animales saltaron delante de ella. Cerró los ojos con fuerza, pero el miedo la hizo volver a abrirlos.

El coche se detuvo en seco.

Las piernas le hormigueaban y las manos le temblaban. Respirando pesadamente, trató de recuperar el control.

La manada de ciervos terminó de cruzar el campo, sana y salva. Todo bien. Solo faltaba que su corazón cooperara. Nunca había perdido el control del coche, ni siquiera en el intenso tráfico de Phoenix.

Cuando el zumbido dejó de sonar en sus oídos pensó que estaba en condiciones de seguir adelante.

Puso el coche en marcha y pisó el acelerador. El coche no se movió. Pisó nuevamente y esta vez el motor aceleró, pero el vehículo no avanzó ni un milímetro.

—Qué carajos.

¿Qué estaba pasando? Ni siquiera había colisionado. Volvió a intentarlo. Nada. El coche estaba en el mismo sitio.

Mientras luchaba contra el creciente pánico, lo siguió intentando una y otra vez.

No tenía caso.

La palanca de cambio parecía burlarse de ella. ¿Estaba varada? Las lágrimas le saltaron de los ojos y se le escurrieron por las mejillas.

Pero se las limpió rápidamente. No lloraría. Si había sobrevivido a su ex, literalmente, podría lidiar con un pequeño problema del coche.

Hurgando en su bolso encontró el móvil.

Por supuesto no tenía señal.

—¡Oh, Dios mío!

Sacudió su móvil como si eso ayudara. Luego pasó dos largos minutos golpeándolo contra el salpicadero. No pasó nada, excepto que un hilo de sudor se escapó de su cabello y zigzagueó por su cuello.

Salió del coche y cerró la puerta de una patada. En el campo, al otro lado de la carretera, uno de los ciervos que la había metido en esa mierda levantó la cabeza y la miró inocentemente.

—No creas que no puedo hacer que este coche funcione y atropellarte —gritó.

Sacudió su teléfono hacia la bestia, pero este la ignoró y continuó pastando.

Le dio una inspección a todo el coche, pero no encontró nada malo que fuera visible. Aunque la verdad es que no tenía ni idea de qué buscar. Intentó llamar nuevamente e incluso caminó un poco por la carretera, pero no encontró señal en ningún sitio. Su móvil estaba casi tan muerto como el coche.

Reteniendo un gemido, abrió el capó y miró hacia el interior. Serpientes de mangueras y engranajes grasientos que bien podrían ser un cerebro humano. No tenía idea de lo que estaba haciendo.

Soltar un gruñido fue lo mejor que pudo hacer para tragarse la desesperación y darse apoyo mental.

—Piensa, Elizabeth.

Ella hundió los dedos entre sus rizos y sopesó las opciones.

Sin servicio móvil y sin vehículo. Podría continuar a pie. Con un poco de suerte, la civilización no estaría lejos. Tal vez algún ranchero que pudiera echarle una mano con el coche y así volver a carretera lo más pronto posible. No tenía prisa, pero tampoco quería quedarse varada toda la noche en un lugar extraño.

Caminó hacia la cima de una pequeña colina, pero la verdad era que no se veía absolutamente nada más que campos, ganado y cercas.

Entonces fue cuando el pánico comenzó a abrirse paso. Le temblaban las manos y tuvo que meterlas en los bolsillos de los pantalones para controlarse. Quizá llorar no fuera tan mala idea, después de todo.

Regresó al coche confundida y asustada. ¿Dónde había visto por última vez una casa, una persona? Al menos diez minutos antes del accidente. Lo que equivaldría al menos a una hora a pie.

—¡Maldita mierda!

Jugeteó otra vez con su móvil.

No tenía ni la más remota idea de qué hacer, el miedo la estaba paralizando.

Sí, su única opción era caminar, pero estaba sola. Una mujer en medio de la nada.

—Oh, Dios. ¿Por qué me fui de Phoenix?

La respuesta a eso explotó ante sus ojos, los recuerdos la quemaron

y le dolieron tanto como antes.

Stephen la había acompañado. Era una cena romántica que había acabado mal.

Afortunadamente, no podía recordar nada, ni el fuego ni su piel quemándose.

Solo sabía que había despertado en el hospital y descubierto que tenía un nuevo y agradable injerto de piel en la parte externa del muslo y la cadera y que Stephen había sido quien encendió el fuego.

Todo en su departamento, incluida ella, había quedado reducido a cenizas. A pesar de haber sobrevivido estaba destrozada. Afortunadamente, las otras familias en el edificio habían olido el humo y los equipos de rescate habían acudido pronto...

Frotarse las manos sobre la cara ayudó a alejar esos pensamientos. Era el peor momento para regodearse en la amargura. Vivir en el pasado no sería muy útil. Lo que necesitaba era un coche en marcha y señal en el móvil.

Pasó una hora.

Dos.

Sabía que era una locura sentarse allí y esperar la ayuda, pero estaba paralizada.

Para empeorar las cosas, el sol se estaba escondiendo en el horizonte. El gran orbe naranja descendía por el cielo demasiado rápido.

En poco tiempo estaría sentada allí en la oscuridad. Al menos tenía una hielera con agua embotellada y barritas energéticas. Podría dormir en el coche y partir caminando mañana.

Se estremeció ante la idea y luego dejó caer la cabeza entre sus piernas. Durante meses había estado sola mientras se curaba. Pasar la noche sola en medio de la nada debería ser un juego de niños.

Acompasó su respiración a pesar de que lo único que deseaba era gritar al cielo y maldecir.

Tal como se encontraba esa no podía ser una mala idea. ¿Acaso no sería bueno que se desahogara? Salió del coche y lo intentó, sin embargo solo consiguió emitir un patético gemido. Lo intentó de nuevo, mirando la hermosa nada azul oscuro que se extendía sobre ella, y entonces soltó todo lo que tenía dentro.

El grito se elevó desde la punta de sus pies hasta lo más alto del firmamento. Algunos ciervos que aún pastaban cerca se asustaron y salieron corriendo. Era un sonido cargado de furia, tristeza, dolor, desesperación y

frustración. Un cúmulo de sentimientos que había guardado durante demasiado tiempo y por fin había dejado asomarse a la superficie.

Ahora por fin sentía algo distinto.

Satisfacción.

Un respiro.

Se apoyó en el coche y contempló el paisaje, pero ahora con unos nuevos ojos. Como un artista estudiando su obra. Todo sobre ese lugar la estimulaba, descubrió. Lástima que no podía ser estimulada desde la ventana de un hotel... Diablos, incluso se conformaría con un motel sucio.

De pronto dio un salto.

—¡Joder! ¡El GPS!

Podía averiguar su ubicación exacta y ver cuál era la mejor ruta para tomar por la mañana...

Volvió al interior del coche y entonces recordó que no tenía señal. Estaba a punto de lanzar el aparato contra el suelo, cuando sus oídos captaron un sonido.

Era lejano, pero pudo captar que era un motor. A pesar de que estaba nerviosa, se alejó del coche y se ubicó junto a la carretera. Suplicando que fuera un buen samaritano y que la pudiera ayudar.

Cada latido de su corazón era doloroso. ¿Y si esa persona no la ayudaba? ¿Qué pasaría si él conductor solo le echaba un vistazo y después seguía su camino sin si quiera detenerse?

Dios, ese día no era como que la hubiera acompañado mucho la suerte... Y lo cierto es que era una mujer solitaria, en un camino rural que no conocía de nada...

Cuando el sonido del motor se volvió más fuerte, cambió el peso de un pie a otro, mientras se secaba el sudor de las manos en los pantalones.

Era una camioneta roja.

La vio doblar la esquina y fue entonces cuando el estómago le dio un giro horrible en el cuerpo. Quizá debió haber buscado una piedra o una rama por si hacía falta defenderse... ¿Por qué no pensó en eso antes?

Quien conducía era un hombre. Tragó con dificultad.

Poco a poco la camioneta se acercaba, aunque estaba cagada de miedo se mantuvo firme e intentó poner la cara de quien vive una vida relajada y positiva.

Sin embargo, el hombre que conducía pasó de ella.

Elizabeth se quedó boquiabierta a punto de llorar. Tiempo atrás

habría reaccionado muy distinto. Habría sido más atrevida, lo habría maldecido e insultado por negar la ayuda a alguien que evidentemente la necesitaba.

Pero después del trauma de los últimos meses, solo se había resignado y ya. Dejó caer los hombros. Lo dicho, la suerte la había abandonado.

Unos metros atrás el conductor frenó y a ella por poco se le sale el corazón del pecho. Lo vio retroceder. No era una camioneta nueva. De hecho, dudaba que el vehículo pudiera llevarla mucho más lejos de lo que la había llevado su propio coche.

La puerta se abrió y una bota de trabajo pisó el suelo. Ella clavó los ojos en ahí y poco a poco fue subiendo. Unos vaqueros desgastados. La pierna más larga y musculosa que jamás había visto. Un cinturón ancho con una hebilla enorme. Una camisa de franela a cuadros. Y un sombrero. Un vaquero de verdad.

¿Es que estaba mirando a un actor western?

Dios santo... ¿Las temperaturas de Texas se elevaban por las noches o era cosa de ella? Su ropa de repente se sintió húmeda e incómoda.

El sol se dibujaba tras él como si esculpiera su piel dorada.

—Hola. ¿Tienes problemas con el coche?

Sus largas zancadas devoraron el espacio entre ellos en tan solo segundos. Usando sus nudillos, golpeó el borde de su sombrero, dándole una perfecta visión de su cara bronceada y sus penetrantes ojos.

Ay Dios, era más guapo de lo que ya había notado.

Mandíbula cuadrada, labios carnosos, nariz recta y pómulos altos que podrían haberle valido una exitosa carrera como modelo. Sin embargo, estaba lejos de ser pulido como un modelo. Tenía las uñas sucias y los pantalones manchados con grasa.

Pero eran esos ojos azules...

La esquina de su boca se elevó levemente y ella siguió con la mirada el pliegue que se marcaba con la sonrisa. Su corazón palpité con más ímpetu de lo normal.

—¿Tuviste un accidente? —le preguntó.

Entonces comprendió que debía parecer tonta de remate y que era la segunda vez que le preguntaba algo.

—Yo... no. Bueno puede que sí, fue una especie de accidente...

Creo.

La otra comisura de sus labios también se elevó y Elizabeth tuvo que contener la respiración por unos segundos. Miró sus dientes blancos mientras luchaba por encontrar su voz.

—¿Qué pasó?

—Me encontré con una manada de ciervos. No golpeé a ninguno, pero perdí el control del coche por un momento hasta quedar allí —señaló el lugar donde estaba su coche—. Después intenté retomar el camino y no funcionó. Acelera, pero no se mueve ni un poco.

Él gruñó y se metió el pulgar en el bolsillo del pantalón. Los bordes deshilachados de su bolsillo le dijeron que lo había hecho una y otra vez. Al levantar la mirada se encontró con la de él.

Eso no la ayudó mucho a calmar sus nervios o lo que fuera que tenía descontrolado.

Sacudiendo la cabeza, apartó los pensamientos indecorosos e intentó parecer menos idiota.

—Intenté todo, pero no se mueve.

—¿Funciona el motor?

Entonces, que Dios la ayudara, el vaquero comenzó a desabrocharse la camisa mientras se dirigía al vehículo. Ella le clavó los ojos encima y se decepcionó un poco cuando descubrió que debajo de la camisa llevaba una camiseta negra desteñida.

Demonios, le había dado el sol demasiado tiempo. Definitivamente tenía un golpe de calor o algo así. Quizá estrés postraumático. Necesitaba una barra energética. Su nivel de azúcar debía estar bajo.

¿Por qué no podía dejar de mirarlo?

—Señora, realmente no me está dando muchas respuestas —dijo él con un tono divertido.

—Lo siento. Sí, el motor funciona.

—Bueno. Hay que abrir el capó.

Ella lo hizo y se tomó un segundo para ordenar sus rizos antes de salir del coche para reunirse con él.

Obviamente, el sol de Texas había cocinado su cerebro, porque estaba actuando como una colegiala. Ni siquiera estaba en el mercado de las relaciones y se portaba así... ¿Qué pasaba con ella?

Él se inclinó sobre el motor y cambió algunas cosas, dándole una vista perfecta de su espalda. Sus hombros eran anchos y ella lo imaginó fácilmente engancho a un ternero a su alrededor para sacarlo de un

barranco sin perder el aliento ni por un momento.

Se estremeció y no tuvo nada que ver con la puesta de sol.

—¿Te importa encender el motor? —dijo él, clavando sus ojazos en los de ella.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—No, en absoluto.

Eso era justo lo que necesitaba, algo que hacer antes de seguir humillándose más.

Ella volvió a meterse al coche y encendió el motor, luego se reunió con él.

—¿Sabes qué es lo que pasa?

—Todavía no, pero hay algo que sí sé.

—¿Qué?

Maldita sea, olía a limpio incluso cuando parecía haber tenido un duro día de trabajo.

—Que no llegarás a ningún lado en este coche. Al menos no esta noche.

Las revoluciones se le bajaron al instante.

—Ay no...

Los ojos azules de él se agrandaron un segundo antes de echar la cabeza hacia atrás y reírse como si le hubieran contado el mejor chiste de la historia.

Elizabeth no sabía cómo actuar, pero debía admitir que su maldita risa sonaba muy bien. ¿Es que no tenía un bendito defecto?

Sus hombros se sacudían y sus ojos brillaban aún más.

Todavía riendo entre dientes, él retiró el soporte del capó y lo cerró. Luego se volvió y se limpió las manos en los pantalones, dejando una nueva mancha de grasa.

Se miraron fijamente por un largo momento.

A Elizabeth la inundó una sensación de aprehensión. Ese tipo podía parecer tan bueno como el paisaje, pero fácilmente podría dominarla y lastimarla. Después de todo, había sido lastimada incluso por un fósforo.

Pero la buena apariencia del vaquero y el brillo juvenil en sus ojos la invitaban a confiar. Además, ¿qué elección tenía? Dormir en su vehículo y caminar por la mañana o aceptar su ayuda.

—Entonces, ¿qué pasa con el coche?

—Creo que es la transmisión.

Su mandíbula cayó.

—Eso suena... grave.

—Lo es.

—¿Hay algún taller o garaje por aquí?

Él sonrió.

—No sabes dónde estás, ¿verdad?

—Pues...

Si admitía que no tenía ni idea, eso la hacía más vulnerable. Él podría arrojarla en una zanja y dejarla muerta. O peor, violarla y luego dejarla muerta.

Era bastante difícil confiar en alguien cuando el hombre que había afirmado quererla había tratado de matarla.

Lentamente, negó con la cabeza.

—Bueno, ¿a dónde vas?

Nuevamente negó con la cabeza.

—¿No lo sabes? ¿O no puedes recordarlo?

—Lo sabré cuando lo vea.

El arqueó una ceja.

—¿Cuándo lo veas?

Ella levantó un poco la mandíbula.

—Sí. ¿Cuáles son mis opciones? Ni siquiera tengo señal en el móvil.

Ante eso, el vaquero volvió a reírse.

El sonido se estaba volviendo demasiado familiar y las reacciones de su cuerpo a él se estaban apoderando de sus procesos de pensamiento.

—Dudo que encuentres servicio móvil en algún lugar de este valle.

Abrió los ojos como platos.

—¿Qué tan grande es el valle?

—Nueve kilómetros.

Su corazón se hundió y esas lágrimas con las que había luchado antes estaban demasiado cerca de aflorar.

—Estaba pensando en pasar la noche en el coche.

Esta vez fue él quien se quedó boquiabierto. Sacudió la cabeza.

—Mi madre me crio bien y eso significa que no dejaré que duermas en el coche. Mira, vivo a unos diez minutos de aquí. Puedo llevarte a casa y allí podrás usar nuestro teléfono.

Nuestro teléfono. Estaba casado, tenía una familia.

Ella miró su camioneta. ¿Un hombre de familia la lastimaría?

—Gracias. Lo apreciaría mucho.

Aunque claro, una vez que tuviera el teléfono en la mano, ¿a quién llamaría? Sus padres estaban en Phoenix y ya se habían burlado de su idea de irse en busca de otra vida. Pedir ayuda la haría parecer débil. Más que nunca, necesitaba pararse por sí misma después de lo que Stephen le había hecho.

Ella descubriría a quién llamar una vez que cruzara ese puente.

—Puedo ver que no eres de por aquí. ¿Con qué viajas? ¿Tienes una maleta?

—Oh, sí. ¿Por qué la necesitaría?

La sonrisa de él apareció y Elizabeth se dio cuenta que no estaba lista para eso.

—Pues es que estamos a dos horas de un pueblo con alojamiento y aun así ese hotel debe de estar lleno ya que es el gran rodeo esta semana. Te llevaré a casa conmigo para que uses el teléfono. Pero también te quedarás allí hasta que soluciones lo de tu coche. Mis hermanos están fuera, podemos arreglar una de sus habitaciones para ti.

Las lágrimas se aferraron a las raíces de sus pestañas, con disimulo se las secó para que él no pudiera verlas. Sin embargo, fue tarde.

El vaquero se inclinó un poco para quedar a su altura y sacando un pañuelo le ayudó a secárselas.

—Mira, no es tan malo. Mis hermanos son desordenados, pero mamá se asegurará de tener sábanas limpias para ti.

Por alguna razón, eso la hizo reír. El alivio la recorrió, por fin alguien la ayudaba cuando lo necesitaba. Bueno y puede que parte de ese alivio se debiera también a que el en realidad vivía con su madre y sus hermanos.

Definitivo: era una tonta de remate.

—Gracias. No sé cómo te pagaré todo esto.

De hecho, ni siquiera sabía cómo iba a pagar el arreglo del coche. Tenía muy poco dinero y no había pensado en contra tiempos ni emergencias.

—No te preocupes. Se llama hospitalidad. Bienvenida a Texas.

Él solo la miraba a los ojos. No había visto su cuerpo ni por un segundo y además tampoco la miraba mucho, desde luego ni el 1% de lo que ella lo miraba a él.

Estaba tan acostumbrada a que los hombres le devolvieran la mirada en Phoenix, a que la vieran con total descaro, que su indiferencia le parecía

extraña. No sabía si sentirse feliz de que él no la incomodara o molestara de que no la encontrara tan atractiva como lo había encontrado ella.

Cuando metió la mano en el coche y sacó su maleta le picaba la piel. ¿Estaba su mirada sobre ella? ¿Estaba mirando su culo?

Se enderezó y echó una mirada por encima del hombro, pero lo encontró examinando el neumático.

—¿Todo está bien allí? —le preguntó ella.

—Sí, se ve bien.

Él lo pateó como para demostrar su punto. Y después fue hasta ella y sin más le quitó la maleta de las manos.

—Permíteme.

La levantó como si pesara tanto como una almohada de plumas, mientras le indicaba la camioneta con la cabeza.

El interior del vehículo estaba limpio, pero en mal estado. Él colocó su maleta en la parte trasera y después se puso tras el volante, ocupando tanto espacio que ella dudó que pudiera conducir cómodamente.

Y, por cierto, ¿cuánto tejido de tela vaquera se necesitaba para vestirlo? Era enorme.

De repente se volvió hacia ella, con los ojos brillando bajo el ala de su sombrero.

—¿Qué pasa?

—Que ni siquiera me he presentado. Soy Travis. Travis Anderson.

Señor, hasta el jodido nombre sonaba sexy, y la forma en que lo arrastraba al hablar....

Extendió su mano y ella la estrechó, fue un toque cálido y áspero. Manos trabajadoras.

—Elizabeth Mitchell.

—Bueno, Elizabeth —él arrastró su nombre como si estuviera probando una cerveza fría después de un día de trabajo agotador—, mucho gusto.

### 3

—¿Tu madre es la única mujer? Vaya la tierra de los hombres.

Maldición, era bonita. Especialmente ahora que el miedo había desaparecido de sus ojos.

—Exacto. Mi padre, mis dos hermanos y yo.

Le lanzó una mirada. La visión de su exuberante trasero redondo bailoteó en su mente y cada vez le resultaba más difícil apartarlo. Había pasado mucho tiempo desde que había puesto sus manos sobre una mujer y desde luego nunca en una como Elizabeth.

Ella era más bonita que un día soleado después de una semana de tormentas. Y su cuerpo decía que era sexy como el infierno.

—Mis padres llevan casados cuarenta y cinco años. Soy el hijo mayor. Luego está Josh y por último Declan.

Ella lo miró boquiabierta.

—¿Solo hay una sola familia aquí?

—Bueno, si sigues por la carretera unos diez minutos más o menos, te cruzarás con los Sanders. Pero deberías de sentirte aliviada de que no haya sido uno de ellos quien te encontrara.

Ella se encogió contra el asiento.

—La ciudad más cercana tiene una luz intermitente y un mercado donde puedes comprar alimentos y gasolina, así como algunas cosas que no puedes cultivar tú mismo. Escogiste el lugar equivocado para quedarte varada.

—Supongo que sí.

Ella se sentó remilgadamente, tal vez un poco rígida. Sus jeans eran de color azul oscuro y tan nuevos como si estuvieran recién comprados. Y se ajustaban a la perfección a sus caderas y trasero...

Sacudió la cabeza, no debería pensar demasiado en eso. Estaba ayudando a una dama y aprovecharse de ella no estaba en la agenda.

Pero sus uñas de los pies estaban pintadas de color rosa y joder...

Soltó un suspiro lento y silencioso e intentó mantenerla hablando. Encontrarse a solas con una mujer lo había pillado desprevenido.

—Puedes bajar la ventana si tienes calor. Lamento no tener aire acondicionado.

Por supuesto, a él no le importaría que la chica guapa de cabellos rizados se calentara lo suficiente como para quitarle una o dos prendas de vestir.

Dio unas palmaditas en el tablero, tratando de suavizar el golpe a su vieja camioneta. Ese vehículo lo había acompañado durante varios años, pero parecía que Elizabeth no había tenido tanta suerte como él con su coche.

Una transmisión de ese coche probablemente costaba más que toda su camioneta.

—Gracias. —Ella agarró el mango y bajó el vidrio—. Nunca he viajado en un vehículo sin ventanas eléctricas.

—Bienvenida al campo.

Ella sonrió mientras sus rizos color marrón claro eran sacudidos por el viento. Llevaba el cabello corto, los mechones terminaban justo debajo de su mandíbula, resaltando su delicada estructura ósea. Definitivamente tenía curvas en todos los lugares correctos.

No quería quitarle los ojos de encima.

—¿Realmente no sabes a dónde vas? —preguntó.

—No.

—¿Estás huyendo?

Ella apartó su mirada.

—Solo estoy buscando algo nuevo.

—Ah, como una gitana.

Tomada por sorpresa, Elizabeth se rio.

El sonido era intenso y honesto; le habría encantado escucharlo toda la noche.

Señor, ten piedad, estaba en problemas. ¿Una hermosa damisela en apuros en su camioneta y con uñas rosas?

—No diría gitana. ¿De verdad crees que el problema es mi transmisión?

—Dime, ¿parqueaste el coche y no se movió de nuevo?

—Sí.

—Eso mismo le pasó a Declan con una camioneta, hace algún tiempo.

—¿Pudo arreglarlo?

—Sí. El problema es que es caro. Pero tal vez pueda conseguir

algunas piezas del depósito de chatarra y volver a llevarte a la carretera pronto.

Algo en la forma en que ella se mordía el labio inferior con los dientes le dijo que el dinero era escaso.

—¿Tus padres no se molestarán por tener un visitante inesperado?

Ante eso, se rio entre dientes.

—No. La gente como nosotros no socializamos a menudo, así que cuando lo hacemos, ten cuidado. Mamá te ofrecerá suficiente comida casera como para entrar en coma y mi padre te contará todo, y cuando digo todo es todo.

—Suena... diferente.

—¿Diferente de...? ¿De dónde eres?

—Prefiero no decírtelo.

—De acuerdo. —Señaló un quiebre en la cerca donde había caído un poste—. Parece que tendré que arreglarlo mañana.

—¿Esto es tuyo? —Se sentó más derecha.

—Sí. El ganado y una parte del terreno.

Eso no era exactamente verdad, pero lo sería tan pronto como encontrara una esposa. Por el rabillo del ojo estudió a Elizabeth.

Era muy irónico que sus hermanos se hubieran ido “de caza” a la ciudad el día anterior, sin ninguna suerte en absoluto, y que él que había decidido quedarse en casa era quien estaba al lado de una mujer hermosa.

Nah, solo estaba pensando tonterías.

Ella era cautivadora no podía negarlo, pero solo era una mujer desafortunada que estaba de paso y que solo estaba junto a él porque no tenía más opción.

Volvió a mirarla, era como si no pudiera dejar de hacerlo. La forma en que el pelo le caía sobre la frente invitaba a sus manos a acomodárselo. Y su camiseta sin mangas moldeada perfectamente para recortarle la cintura y los pechos pequeños y alegres... Vaya necesitaba una cerveza con urgencia.

Sus pantalones se volvieron incómodamente apretados.

—Ya casi llegamos.

—Entonces, en la ciudad que mencionaste, ¿no hay un garaje?

—No. En realidad, conseguir una grúa aquí también será un infierno. Costaría una fortuna.

Ella frunció el ceño.

Travis comprobó que en efecto Elizabeth no tenía mucho dinero en

ese pequeño bolso de cuero que probablemente había costado tanto como un ternero en una subasta. Conocía el cuero bueno cuando lo veía.

—Pero no te preocupes. Después de dejarte en casa, agarraré una barra de remolque y volveré a por tu coche. El vehículo estará mejor en el rancho.

—Está bien. Gracias.

Parecía insegura y comenzó a retorcer las manos. Al mirar sus dedos se preguntó qué tan suaves serían sus manos... Seguro como el infierno que mucho más suaves que las suyas.

Sin embargo, a pesar de lo suaves y delicadas que parecían no llevaba esas uñas pintadas de rosa; de ningún color en absoluto. Y tampoco llevaba anillos o pulseras.

Avanzaron en silencio hasta que la casa apareció frente a ellos.

Ella lanzó un silbido de aprecio.

—¿Esa es tu casa?

—Sí. Bueno, la de mis padres.

Siempre se había sentido orgulloso del hogar que su padre había construido para su familia. Dos pisos y un amplio porche de lado a lado. Estaba ubicada perfectamente y al fondo se apreciaban el campo y cielo, como si fuese una postal.

—Nunca hubiera podido llegar hasta aquí de haberme venido caminando.

Él soltó una breve carcajada.

—Probablemente no si te hubieras mantenido sobre carretera.

—Estoy feliz de no haberlo hecho.

Prince, el viejo sabueso de la casa, salió corriendo de uno de los graneros y corrió junto a la camioneta. Elizabeth se asomó por la ventana, riéndose de sus travesuras.

—Ese es Prince. Tiene trece años, pero no los aparenta en absoluto. Recorre el rancho de cabo a rabo todos los días y corre como el viento. Creemos que eso es lo que aún lo mantiene en marcha.

—Tiene mucho sentido.

Él la miró un poco sorprendido. Elizabeth era más elegante que las chicas con las que había salido antes, desde su cabello hasta sus dedos pulidos; pero le había gustado la forma en que había dicho eso. Tal vez llevaba una chica campesina dentro, después de todo.

Mientras estacionaba la camioneta, ella abrió la puerta, así que tuvo

que apresurarse para ayudarla a bajar. Ella lo miró sorprendida mientras el inclinaba su sombrero.

—Mi madre me enseñó modales.

Modales que no llegarían lejos si no se alejaba. Rápido. Porque las cosas que estaba pensando poco tenían que ver con lo que su madre le había enseñado.

—Ya lo veo. Gracias.

Aceptó su mano. Cuando sus dedos rozaron su piel, el calor se disparó a través de todo su sistema. Era tan suave como la seda y olía a bayas. Travis quería frotarla contra su cuerpo.

Prince se acercó ladrando.

—Está bien, chico. Ven a conocer a Elizabeth.

Sus piernas estaban un poco tambaleantes. Y la sensación no tenía nada que ver con la hinchazón en sus pantalones vaqueros; algo en ese momento hizo que Travis pensara en cómo sería llevar a su novia a casa.

Si alguna vez encontraba una claro. Sin embargo, no lamentaba haberse quedado en casa. Encontrar a una mujer llena de curvas en el camino era más acción de la que había tenido en meses. Incluso si nada sucediera, probablemente tendría una mejor historia para contar que sus hermanos.

Prince olfateó la mano extendida de la chica y luego empujó sus dedos con la cabeza. Travis no podía culpar al perro. Él también quería esas suaves manos sobre él.

—Quiere que lo mimes, pero una vez que comiences prepárate para dedicar un buen tiempo a esa tarea. Traeré tu maleta.

El camino hacia la puerta principal puso más imágenes románticas en él. Debía de ser su imaginación hiperactiva y el deseo de poseer esa parcela de tierra, pero joder, quería tomar su mano e ir a presentársela a sus padres. ¿Qué se sentiría? Quedarse charlando en el porche hasta que el sol desapareciera, dejar que se durmiera en sus brazos con los ruidos del campo y después llevarla a la cama y...

Maldita sea, ¿dónde estaban sus modales? No había sido criado para pensar en las mujeres de esa manera. Sin embargo, después de tanto tiempo solo se sentía como un zorro observando una tierna y jugosa gallina.

Se dirigieron a la casa y abrió la puerta de entrada.

—¡Mamá, estoy en casa!

Se hizo a un lado para que Elizabeth entrara.

—¡Tu plato está en el horno! Estoy viendo el programa de

jardinería.

La diversión se dibujó en los bellos labios de Elizabeth, atrayendo la atención de Travis hacia ellos. La necesidad lo atravesaba.

—¿Tenemos dos platos? Traje a alguien —dijo, contando los segundos mientras su madre saltaba del sillón reclinable y se apresuraba a llegar al vestíbulo.

Cinco, cuatro, tres...

Lou apareció a la vuelta de la esquina.

—¿Quién nos visita?

—Esto... Ella es Elizabeth. —Su madre arqueó las cejas—. La encontré varada de camino y no podía dejarla —se apresuró a aclarar—. Espero que no te importe que se quede a pasar la noche hasta que descubramos qué hacer con su coche.

—¡Por supuesto que no me importa! Pobrecita. —Bajó las escaleras y la envolvió en sus brazos como si la conociera de toda la vida—. Soy Louise Anderson. Por Dios, debías de estar muy asustada. Una chica sola en medio de la nada. Ven a la cocina. Apuesto a que te mueres de hambre. Ahora solo siéntate en el mostrador y te prepararé algo de comer. ¿Te sirvo un vaso de té dulce?

—Sí, gracias.

Elizabeth la siguió y se sentó en uno de los altos taburetes que Travis había construido.

Él suspiró. No tenía remedio. Saber que ese trasero redondo estaba sobre la madera que él había trabajado con sus propias manos no debería darle tanto placer.

—Voy a llevar tu maleta a una de las habitaciones —le dijo a ella.

Lou agitó una mano como si fuera un insecto molesto y entonces comenzó. Quería saber todo sobre esa chica.

Travis sonrió mientras salía de la cocina, su madre tampoco tenía remedio.

Dio unos cuantos pasos y se detuvo en la entrada para mirar a la mujer sentada allí. Esa sería una larga noche.

## 4

Elizabeth no se dio cuenta de lo hambrienta que estaba hasta que probó el primer bocado de pollo y salsa blanca. Lou la observó con una sonrisa.

—Esta es una comida increíble dijo Elizabeth.

—Gracias, cariño. Es una de las comidas favoritas de mis hijos.

—Me contó Travis que son tres. Todos hombres

—Sí. No fui bendecida con una hija, pero esperamos compensarlo con tres nueras encantadoras —recalcó las últimas palabras y, por alguna razón, el calor subió por la garganta de Elizabeth.

Ella no estaba interesada en ningún chico y mucho menos en uno que vivía en medio de la nada. Necesitaba un poco más de... civilización.

Aunque las cosas que pensaba de Travis eran, de hecho, bastante incivilizadas.

Si el hombre irritaba su sensibilidad, el rancho y la amabilidad de Lou la calmaban.

Volvió a enfocarse en su plato. Para cuando terminó un tercio de la pila de comida, estaba a punto de reventar. Echó hacia atrás su plato y le sonrió a Lou.

—Gracias. Estaba delicioso.

—¡Pero si no has comido nada! Mis hijos podrían devorarse en un segundo el doble de ese plato.

Ella sonrió.

—Estoy segura de que unos vaqueros necesitan más comida que una mujer como yo.

Lou tenía ojos azules astutos y Elizabeth no se dejaba engañar por su sencilla blusa y su falda de algodón. Esa mujer era tan inteligente como cualquier madre de la sociedad de Phoenix vistiendo Prada. Elizabeth se había encontrado con algunas de ellas en su vida, por lo general, mujeres que deseaban engancharla con sus hijos.

Así era como había conocido a Stephen.

Se frotó las palmas de las manos sobre los muslos, tratando de limpiar la repentina humedad que se había acumulado en ellas.

—¿Cómo te ganas la vida, querida?

—En este momento no estoy trabajando. Estoy buscando una nueva ciudad para instalarme y... empezar de cero.

Lou dio una palmada.

—Vixen tiene un mercado y una cafetería. Puedes encontrar trabajo allí.

—¿Hay alguna habitación que pueda aquilar?

—Bueno no. Eso es un problema.

—Eso y el hecho de que no tengo un coche que funcione.

Respiró hondo y atrapó el olor a jabón masculino. Giró sobre el taburete y se encontró de frente con Travis.

Había abandonado su sombrero y su cabello caía en gruesas ondas oscuras sobre su frente y cuello. Cuando sus ojos se posaron en ella, levantó sus largos dedos y se peinó con total descuido como si no fuera el hombre más sexy que había visto en la vida.

Estar junto a un vaquero como Travis era bastante difícil. Estaba agradecida de que sus hermanos no estuvieran en casa. Si eran la mitad de guapos que él, estaría en demasiados problemas.

—Mmm, ¿es pollo en salsa blanca y patatas lo que huelo, mamá?

—Sí. Siéntate y te pongo un buen plato.

Antes de que él sacara el taburete que estaba junto al de Elizabeth, la saludó cortésmente.

—Veo que has probado la cocina casera de mamá.

Levantó su tenedor y engulló una patata.

—Oh, sí. Estaba delicioso.

Lou colocó un plato lleno frente a Travis. Él comió como si se estuviera muriendo de hambre.

Travis le dedicó una sonrisa torcida. Era tan natural. Tan real. Stephen siempre había cuidado las apariencias. Nunca se habría sentado a comer con la ropa húmeda y el cabello desordenado.

Utilizando una gran servilleta de tela, Travis se limpió la boca. Varios minutos después, llevó su plato completamente vacío al fregadero y lo lavó. Había terminado de comer en un tiempo récord.

—Gracias, mamá —dijo mientras besaba a Lou, luego se giró hacia Elizabeth y agregó—: Es mi comida favorita.

—Podría comerse una cacerola entera —dijo la madre, sonriendo.

—¿Tienes pastel, mamá?

Ella negó con la cabeza.

—Estos chicos no se llenan con nada. Tengo algunas galletas de avena.

Travis lanzó un gemido de placer.

—Oh esas también son mis favoritas. —Elizabeth se preguntaba si no estaba soñando, los hombres no actuaban de esa manera de dónde venía—. ¿Cena favorita y galletas favoritas? Podrías estar mimándome un poco.

Elizabeth no pudo resistir una pequeña sonrisa.

—Bueno, ¿a quién más voy a echar a perder si mis otros muchachos están buscando una espo...?

Se interrumpió y ambos miraron a Elizabeth.

Oh, no.

A ella no le había preocupado mucho meterse en la camioneta de un hombre extraño porque Travis era tan genuinamente agradable. Pero la verdad era que no le gustaba nada la forma en que la miraban.

Se bajó del taburete y juntó las manos.

—Me siento un poco cansada. Si no les importa decirme dónde encontrar mi habitación...

—No puedes irte hasta que hayas probado una de mis galletas, querida —dijo Lou.

—Oh, no gracias. No podría comer otro bocado. ¿Quizá mañana? No quiero ser mal educada, pero en verdad siento que voy a estallar.

La expresión en los ojos de Travis era de comprensión.

—No te preocupes, guardaré unas para ti. No vaya a ser que se desaparezcan por arte de magia —dijo Lou dándole un codazo a su hijo.

—Te mostraré tu habitación —agregó él, frotándose las costillas.

—No hay necesidad. Puedo encontrarla si me dices dónde está.

El mordió una galleta de avena enorme. Desde allí, Elizabeth podía oler la canela y eso la hizo arrepentirse de no haberla aceptado.

—La habitación está en el piso superior, la primera puerta a la izquierda.

Lou se giró hacia él.

—¿En tu habitación?

La cara de Elizabeth se puso roja.

Travis se pasó una mano por el pelo.

—Bueno, es el más limpio. Cambié las sábanas. Dormiré en la habitación de Josh.

—Tienes razón. Quién sabe qué hay en las habitaciones de tus hermanos. Especialmente la de Declan. Es posible que encuentres un animal salvaje allí y termines durmiendo con una estocada de caballo. Querida, ve y descansa, te llevaré las galletas y un vaso de leche a la habitación por si te da hambre.

—Yo buscaré a mi padre y traeré tu coche a casa —dijo Travis—. Echaré un vistazo a la transmisión a primera hora de la mañana, Elizabeth.

—Gracias.

Su cabeza daba vueltas. Todo esto estaba tan fuera de su realidad que no podía ni responder algo coherente. ¿Una mujer encantadora que le llevaba comida a la cama? ¿Un hombre que renunciaba a su habitación y le cambiaba las sábanas?

—Te mostraré la habitación antes de irme.

Travis paso ante ella con un puñado de galletas en la mano, haciéndole señas para que lo siguiera. Mientras subían al piso de arriba a Elizabeth le fue imposible no mirar su trasero. La esquina del bolsillo tenía un agujero irregular, como si un destornillador se hubiera salido.

Cuando llegaron a lo alto de las escaleras, Travis abrió una puerta. Las palmas de Elizabeth comenzaron a sudar otra vez. Iba al dormitorio de un hombre que apenas conocía.

Sus padres la llamarían estúpida, y no podía discutirlo. Stephen habría... Bueno, ¿a quién le importaba un bledo lo que pensara ese imbécil?

Travis esperó a que entrara. Ella repasó la habitación. Era espaciosa y ordenada. Tenía una cama, una mesita de noche, un armario enorme y un escritorio. La cama estaba cubierta con lo que parecía ser una colcha azul recién tendida. Todavía estaba arrugada. Elizabeth podría sentirse asustada de dormir en la cama de un extraño, pero estaba mucho más limpia que algunos de los moteles en los que se había quedado últimamente.

—Es bonita. Gracias.

—Nadie te molestará aquí. Puedes asegurar la puerta, si quieres. Por si te sientes rara al dormir en una casa extraña y eso...

El alivio inundó sus venas.

—Te agradezco que me hayas ayudado y ofrecido tu casa. ¿Tu madre mencionó un lugar llamado Vixen? ¿Es esa la ciudad de la que estabas

hablando?

—Si. No hay nada para ti, excepto una buena taza de café si quieres. Pero nada de ese café gourmet. Somos gente sencilla en estas partes. Puedes conseguir las mejores magdalenas de arándanos allí, pero no le digas eso a mamá. Ella espera que sus muchachos crean que hace lo mejor de todo.

Le guiño un ojo con gesto lento y perezoso, pero hizo que el corazón de ella se acelerara.

Por un minuto, no pudo encontrar nada que decir. Él era adorable.

Sus ojos brillaron y mejor se alejó.

—Gracias por traer mi maleta arriba.

La había puesto al pie de la cama. Junto a unas botas.

—Oh, déjame quitar esto de aquí.

Se inclinó, dándole una vista perfecta de su trasero, y colocó las botas bajo el escritorio.

Ella fingió que sus sandalias eran muy interesantes y que no se lo había comido con los ojos. ¿Qué le estaba pasando? Ella no era así y, además, venía saliendo de una relación horrible. La piel fruncida en su cadera era una prueba fehaciente de que debería mantenerse alejada de los hombres.

—Mañana a primera hora me pondré con lo de tu coche.

—Te ayudaré. ¿A qué hora?

—No te preocupes. Lo primero es ver qué piezas se necesitan, hacer la lista y entonces después ir a buscarlas.

—Espera, ¿qué quieres decir con una lista de piezas? Pensé que llamaríamos a un mecánico.

—Sí, pero un mecánico y un remolque serían caros. Puedo arreglarlo...

Dios bendito... encima sabía cómo usar las manos.

—Pero...

—Primero averigüemos el daño, ¿está bien? Por el momento no se puede hacer nada más, ¿por qué no te centras en descansar? —Se dirigió a la puerta e hizo una pausa—. Joder... olvidé que necesitabas el teléfono... Está al pie de las escaleras, puedes usarlo en cualquier momento. Y el baño está justo al lado.

La forma en que señaló con su largo dedo índice hizo que un escalofrío recorriera la espina dorsal de Elizabeth.

—Gracias.

Él desapareció, dejándola sola. Se dejó caer en el borde del colchón, lo que fue sorprendentemente cómodo. Se echó hacia atrás y cerró los ojos. No tenía a nadie a quien llamar, ni siquiera sabían que estaba allí. Tal vez debería dejar algún tipo de rastro en caso de que las cosas se pusieran feas. Tal vez...

Suspiró con desgana, pero se levantó y bajó las escaleras. Llamó a la casa de sus padres y dejó un mensaje, sabiendo que no devolverían la llamada.

Dejó el teléfono en su lugar. Esta vez mientras observaba prestó más atención a los detalles.

El interior de la casa era simple y hogareño. Paredes pálidas y fotografías familiares. Al otro lado del pasillo, vio una foto grupal: tres hombres jóvenes vestidos con tela escocesa y mezclilla, con los pulgares en los bolsillos.

Sonrió al reconocer a Travis. Incluso tan joven y ya era guapísimo. Dio un respingo cuando se descubrió acariciando la foto.

Giró sobre sus pies y se metió a la habitación. Necesitaba bañarse y dormir como Dios mandaba.

No era muy tarde, pero estaba agotada. El miedo y la preocupación habían acabado con sus reservas de energía y ahora se sentía como una muerta en vida. Al día siguiente, en el mejor de los casos, tendría que desembolsar una buena parte de dinero para las piezas del coche. Ni siquiera quería pensar en qué iba a hacer si el dinero que tenía no era suficiente.

No podría ir a ninguna parte sin coche.

Se vería obligada a llamar a sus padres y pedirles ayuda.

—Primero muerta.

## 5

Travis encendió el interruptor del garaje e inmediatamente el lugar se inundó de luz y música country. Josh era un fanático de la música y había conectado la radio con la luz. Todos trabajaban mejor con música.

Alrededor del rancho siempre estaban arreglando tractores, camionetas viejas y cualquier cosa que pudiera dañarse. Travis no le había mentido a Elizabeth cuando dijo que conocía de transmisiones.

Reconstruirla sería costoso y algo le decía que ella no podría pagarlo.

Se apoyó en el banco de trabajo y bebió café del termo que siempre llevaba consigo. Dormir en una cama diferente y conocer a una hermosa mujer había provocado que levantarse esa mañana fuera una tarea especialmente difícil.

Había estado despierto mucho después de las 2:00 a.m., pensando en sus uñas rosadas y la forma en que sus rizos rozaban los lóbulos de sus orejas.

Pasó una hora fantaseando sobre todas las formas en que podía probar sus labios y cuello... Y otra hora obsesionándose con la mirada de preocupación que le había visto.

La noche anterior su padre había hecho muchas preguntas, más de las normales para un hombre que no necesitaba muchas palabras.

¿De dónde venía ella? ¿Era mejor llevarla a la ciudad? ¿Se iba a quedar en el rancho mientras Travis reparaba su coche? ¿Cómo iba a hacer sus trabajos del rancho si estaba reparando un coche?

Al final, Travis miró a su padre a los ojos y le dijo que ya se las arreglaría y que Elizabeth se quedaría hasta que el coche estuviera en marcha otra vez.

Entonces su padre le había dado unas palmadas en la espalda. Era justo lo que esperaba de un Anderson, ante todo eran gente buena. Y si se trataba de una mujer bonita para su hijo pues...

Cuando Travis abrió la puerta del conductor y se inclinó para abrir

el capó, percibió un leve olor a perfume. El suave aroma floral lo golpeó en el pecho con el impacto de tren.

La cabeza comenzó a darle vuelta.

¿Elizabeth había dormido bien en su cama, qué se habría puesto? Sus vaqueros le apretaron en la entrepierna mientras la imaginaba con unas bragas de encaje y una camisa de él. Demonios, ella se vería increíble incluso envuelta en un saco de alimento.

Soltó un gemido y se obligó a cerrar la puerta. Durante el resto de la mañana se dedicó a desmontar piezas, pero ni por un momento Elizabeth abandonó sus pensamientos.

Ella parecía estar huyendo de algo. ¿Una ruptura? ¿Una familia autoritaria?

Estaba quitando un perno cuando de repente la llave inglesa cedió y se golpeó los nudillos con fuerza.

Soltó un juramento. Ignorando la sangre, siguió trabajando. Desafortunadamente, el sol que se filtraba por las ventanas del garaje le recordaba continuamente que debía ir a limpiar los graneros y alimentar a los animales.

Su estómago retumbó. Había agarrado algunas tostadas y café antes de salir de la casa, pero hacía tiempo que habían desaparecido. Pronto Lou lo llamaría para su segundo desayuno.

Y Elizabeth estaría allí.

Se frotó la cara y se dio cuenta de que se había manchado con la sangre. Estaba buscando algo con que limpiarse cuando unos pasos resonaron tras de él.

Elizabeth se detuvo en el marco de la puerta, era una foto de la perfección.

—Oh, Dios mío... Estás sangrando.

Soltó un pequeño gruñido y repentinamente se le encogió el corazón. ¿Estaba preocupada por él?

—No es nada, solo me golpeé los nudillos.

Se los mostró y ella se acercó para revisarlos. Llevaba los rizos más esponjosos que el día anterior y vestía una falda de mezclilla que mostraba sus piernas bronceadas.

De nuevo lo golpeó el olor de su perfume. Era tan hermosa y femenina.

—Deberías desinfectarte las heridas. —Levantó una mano y le

limpió la cara. Durante algunos segundos el tiempo se detuvo—. Tu madre me pidió que te avisara que el desayuno está listo.

Miró el estado de su coche y la preocupación volvió a aparecer entre sus cejas arqueadas.

—¿Es muy malo?

Quizá no fuera tan malo como sentirse atraída por él...

—Creo que sé lo que está mal. Cuando vaya a la ciudad iré por las piezas. Puedes acompañarme... si quieres.

Ella se mordió el labio.

—O puedo traerlas y luego discutimos los precios.

—Tengo que ser honesta. La verdad es que no tengo mucho dinero. No estoy segura de poder pagar la reparación.

Maldita sea, la tensión en sus hombros y la forma en que sus rizos caían sobre su frente eran irresistibles para Travis. Quería rodearla con sus brazos y protegerla. Podía decirse a sí mismo que había sido criado para proteger y alimentar: era la vida de un vaquero en un rancho donde los animales vulnerables dependían de él. Pero estaría mintiendo.

Era ella, una mujer encantadora, no un animal.

—Lo solucionaremos. Tal vez consiga algunas piezas usadas.

Sabía muy bien que incluso si compraba todas las piezas de segunda mano el costo no sería bajo. Pero de ser necesario hurgaría en sus ahorros y la ayudaría.

Era lo que hacía un Anderson.

Cuando ella no respondió, él le puso una mano en el antebrazo. Ella saltó y él retiró la mano de inmediato. Sintióse incómodo, raspó una bota contra el piso.

—Será mejor que no dejemos a mamá esperando. Parece dulce, pero verás su lado malo si te demoras cuando llama. Una vez le arrojó un pastel a Josh. Tuvo que lavarse el pelo tres veces para sacarse la mantequilla y el almíbar. Y volver al trabajo muerto de hambre.

Ella soltó una risita y él se relajó. Sacarla del garaje y cruzar el patio hacia la casa se sintió tan natural como caminar con uno de sus hermanos. Nada de esa rareza que había experimentado las pocas veces que había llevado a las chicas a cenar o al cine. Soltó una carcajada, pensando en las cosas que sus hermanos debían estar pasando.

Cuando llegaron a la casa, Elizabeth se detuvo en el porche del frente. Estaba examinando los campos más allá, el paisaje era

increíble. Travis se quedó sin aliento, no por el paisaje, si no por ella. Le revoloteaba el corazón cada vez que la imaginaba así cada día.

Por un segundo, no pudo respirar ni moverse. Eso que sentía era más que una pequeña atracción... Si la hubiera encontrado en cualquier lugar distinto de la carretera, la habría perseguido hasta conseguir una cita.

Afortunadamente, la tenía en el rancho, donde podría llegar a conocerla. Y si se tomaba su buen tiempo para arreglarle el coche tal vez tendría una oportunidad de probar esos labios que lo volvían loco.

Ella le sonrió finalmente y continuó el camino. Travis se apresuró para abrirle la puerta.

El aroma a tocino frito estaba flotando por toda la casa.

Lou y John ya estaban sentados con sus respectivos platos de huevos revueltos y tocino. Una cesta de muffins estaba colocada en los otros dos espacios vacíos, para Travis y Elizabeth.

Rápidamente John se puso de pie y con la misma caballerosidad que su hijo se presentó y ofreció su ayuda a Elizabeth.

—¿Cuáles son tus planes mientras Travis arregla tu coche?  
—preguntó John.

Elizabeth dejó de sonreír y se concentró en su café.

—No lo sé.

—No te preocupes, cariño —dijo Lou—. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que necesites. Tenemos espacio y no hay necesidad de que pagues un hotel costoso.

—No quiero molestar...

—Por supuesto que no lo haces. Mis otros hijos no regresarán hasta el fin de semana. Y cuando lo hagan, Travis podrá ir a dormir al granero; hay una cama allí.

La mirada de Elizabeth se posó en la de Travis y su corazón comenzó a latir más rápido.

—No quiero echarte de tu propia habitación.

—No te preocupes. Aunque prefiero dormir en el porche. Los caballos no te despiertan y amaneces con la mejor vista del mundo.

Elizabeth le sonrió y sus ojos brillaron agradecidos.

—Te gustará esta mantequilla, cariño. La hice yo misma —dijo Lou empujando el plato de vidrio en dirección a Elizabeth.

—¿Hace su propia mantequilla?

La mujer se encogió de hombros.

—Mis hombres están mimados. Nada como la verdadera comida casera.

Elizabeth asintió al probar la mantequilla, definitivamente los mimaba.

Travis se sorprendió a sí mismo observando la forma grácil y sencilla con que ella se movía mientras extendía mantequilla en el pan. Diablos, estaba en problemas. Estaba demasiado absorto en ella.

—No nos has contado de dónde eres.

El comentario brusco de John hizo que Elizabeth se tensara un poco. se sonrojó. Las fibras del corazón de Travis vibraron como una guitarra country un viernes por la noche.

—Mmm... soy de Phoenix.

—¿En serio? Estás lejos de casa. ¿Qué te trae por aquí?

Travis ansiaba poner una mano sobre su muslo y calmarla como lo haría con un caballo asustado.

—Buscó una nueva vida. —Levantó la barbilla—. Estoy cansada de Phoenix.

—¿Entonces vas a San Antonio? O ¿Houston?

—No lo creo. Mientras conducía, quedé encantada con los paisajes del campo. Sin embargo, necesito establecerme en una ciudad de cierto tamaño. Necesito trabajo y un departamento. Básicamente me encantaría un lugar que sea una combinación de ciudad y campo.

—Apuesto a que rompiste muchos corazones en Phoenix —bromeó Lou.

Todos sonrieron, menos Elizabeth que dejó caer el panecillo en su plato y se encogió en su asiento.

Las campanas de alarma sonaron en la cabeza de Travis. Algo de la oscuridad que vio en los ojos de ella lo asustó, no era solo la preocupación de no tener un coche o estar atrapada con unos extraños... Había algo más.

Ansiaba abrazarla, hacerle saber que estaba bien.

Louis se acercó a la cafetera y volvió a llenar las tazas de todos.

—Cariño, ¿vas a ir con Travis a la ciudad por las piezas del coche?

Elizabeth envolvió sus dedos demasiado blancos alrededor de la taza.

—Debería, pero me siento un poco cansada.

—Está bien —dijo Travis—. Puedo encargarme de ello.

## 6

Con tanto quehacer en la casa, Lou mantuvo a Elizabeth ocupada. Lavó los platos después del desayuno y marinó la carne para la cena. Era lo menos que podía hacer para ganarse su sustento, pero estaba ansiosa por irse.

Cuanto más tiempo permaneciera, más información querrían los Anderson. No iba a hablar de Stephen y de lo estúpida que había sido. Ni en un millón de años habría adivinado que intentaba hacerle daño.

¿Quién pensaría que su novio perfecto iba a intentar asesinarla?

Pasó un tiempo ordenando la habitación de Travis, preguntándose si él haría su cama después de dormir. Entonces ella hizo algo totalmente fuera de lugar, husmeó en su armario.

Era un revoltijo de camisas de franela a cuadros y vaqueros. Fácilmente, pudo imaginar esa ropa pegada a su duro cuerpo. Un escalofrío la recorrió.

Tocó algunos cinturones y un trofeo de la infancia. El armario del hombre era tan discreto y normal como él.

Y olía bien, a cuero y especias.

Sacudiéndose, bajó las escaleras para ver si Lou necesitaba más ayuda. Hablar con la mujer era tranquilizador, nada que ver con las continuas quejas de su madre.

Lou levantó la vista cuando la vio llegar, estaba cortando cebollas.

—Justo a tiempo. Estaba pensando en lo solitaria que estoy por aquí sin que mis muchachos aparezcan por la puerta cien veces al día.

Elizabeth sonrió al imaginarlo. Suspirando, miró por la ventana de la cocina. La calma la infundió. Era difícil recordar las cosas de las que había huido mientras contemplaba tanta belleza.

—Estoy planeando reservar algunos pepinillos hoy. Tenemos una cosecha abundante de ellos en el jardín. Lou sacó una gran jarra de vinagre de un armario y la puso sobre el mostrador.

—Apreciaría un poco de ayuda si no te importa.

—De ningún modo. Nunca lo he hecho antes, pero me encantan.

—Estás de suerte. ¿Qué tal si terminas con estas cebollas? Mientras tanto, iré a buscar los frascos.

Cruzó la habitación rápidamente y Elizabeth se maravilló al ver lo rápido que se movía.

Elizabeth cortó dos cebollas enteras. Luego tres. Y Lou no apareció. Comenzó a extrañarse. Siguió con su trabajo, pero cinco minutos más tarde decidió secarse las manos e ir a buscar a la mujer.

Echó un vistazo al patio y no vio ningún signo de Lou.

—¿Señora Anderson?

—¡Cariño, por aquí! ¡Ayúdame!

La adrenalina recorrió el cuerpo de Elizabeth. Corrió hacia el lugar de donde venía la voz. Lo único que veía era gallinas y pollos. ¿Dónde estaba?

—¡Aquí!

La voz de Lou fue acompañada por una queja y Elizabeth corrió más rápido. Lou se encontraba en una especie de sótano que funcionaba como bodega. Entró como un rayo y la descubrió al pie de las escaleras.

—¡Oh, no!

Ni siquiera recordaba haber bajado los escalones, pero de pronto estaba arrodillada junto a la mujer. La pierna de Lou se veía completamente normal, pero su tobillo en cambio estaba torcido en un ángulo extraño.

Intentó recordar algo sobre primeros auxilios, pero los nervios la tenían bloqueada. Examinó la cara blanca de Lou.

—Todo saldrá bien. Te sacaremos de aquí y te llevaremos al hospital. Te has torcido el tobillo.

—Sí —dijo con los dientes apretados—. Trae a John. No puedo subir las escaleras por mí misma y si me ayudas será demasiado trabajo. Además... lo necesito.

Algo en la forma en que dijo la última frase hizo que Elizabeth se relajara y sintiera una chispa de envidia.

—¿Dónde está?

Jadeando un poco dijo:

—En el campo superior. Ve hacia el establo y sigue derecho. Deberías encontrarlo revisando al ganado.

—Está bien. —Tomó las manos de la mujer—. Mantenga la calma, le prometo que en un suspiro tendrá a su esposo aquí.

Sin saber por qué le dio un rápido abrazo a la mujer y salió corriendo como alma que llevaba el diablo. Parpadeó bajo la cegadora luz del sol, pero eso no aminoró su velocidad.

Le dolía el estómago al pensar en el dolor que la mujer debía estar experimentando. Su hueso estaba roto y estaban lejos de un hospital. ¿Cómo vivía la gente de esta manera, tan aislada?

Unos meses atrás, no habría podido correr tan rápido. La piel de su muslo hubiera estado demasiado fresca. Gracias a Dios, había sanado bien.

Corrió por la ladera hasta el campo superior y allí vio a John. Agitó sus brazos, pero él no la vio. Así que tuvo que avanzar gritando.

—¡Señor. Anderson! ¡Venga rápido, es su esposa!

El hombre dejó de hacer lo que estaba haciendo y por fin reparó en ella.

Desde esa distancia podía ser Travis. Tenía un cuerpo fuerte y el mismo cabello oscuro. Inconscientemente pensó que Travis envejecería bien y que también sería un buen marido para una dama afortunada.

John llegó hasta ella. Se bajó del caballo de un salto, se notaba su preocupación.

—¿Qué ha pasado?

—Lou se ha torcido el tobillo. Estaba en el sótano buscando frascos para preparar pepinillos y... ¡Ay, por Dios, no importa, dese prisa!

Él palideció y de la misma forma en que se bajó del caballo, se volvió a subir, desapareciendo en un segundo. Por encima del hombro, gritó:

—Ve a la casa y llama a Travis. Ya debe estar en la ciudad así que debe tener señal en el móvil. Su número está en una libreta junto al teléfono.

Elizabeth llegó a la casa sin aliento, sin embargo, hizo lo que John le dijo sin demorarse ni un instante. Cuando la voz profunda de Travis se filtró por el teléfono el calor cubrió su interior y sus nervios se estabilizaron a fin.

—Travis, soy Elizabeth. Tu madre tuvo un accidente, se torció el tobillo. Tu padre me pidió que te avisara.

—¿Qué qué? ¡Maldición! ¿Está bien?

Elizabeth casi podía ver sus labios carnosos dibujar una mueca de preocupación.

—Está bien. Tu padre se está encargando...

Hubo un pequeño ruido de fondo, seguido de un profundo suspiro.

—Justo tiene que suceder cuando mis hermanos están fuera... Diles que los encontraré en el hospital.

La culpa la inundó. Ella solo estaba aumentando el problema, si no fuera por su presencia Travis habría estado en casa solucionando ese problema. En cambio, estaba perdiendo tiempo fuera del rancho para ayudarla.

—Mira, ¿por qué no nos olvidamos de que arregles mi coche? Puedo pagar el remolque a un garaje y buscar un mecánico en la ciudad ...

—No. —Su tono era duro y seco, le puso la piel de gallina—. El coche no es el problema. —Suspiró de nuevo—. ¿Estás bien, Elizabeth?

—Estoy bien. Solo estoy preocupada por tu familia.

—Todo saldrá bien, papá y yo lo solucionaremos. Me reuniré con ellos en el hospital y regresaré a tiempo para hacer los quehaceres de la noche.

—Cuentan conmigo... Tú... tú también.

—Gracias.

Después de colgar salió corriendo justo a tiempo para ver al señor Anderson salir de la bodega con su esposa en brazos. Elizabeth se adelantó y le ayudó con la puerta de la camioneta. Ayudó a Lou a colocarse de modo que su pie estuviera apoyado. La mujer todavía estaba blanca como la nieve y se le notaba que estaba aguantándose el dolor.

—¿Hay algo más que pueda hacer? —les preguntó.

Lou asintió brevemente.

—Si no te importa arrojar algo de comida a las gallinas, te lo agradecería...

Después se fueron dejando una nube de polvo. Elizabeth se sintió pequeña. Estaba sola en un rancho que no conocía en el medio de la nada. Y no había alimentado gallinas en su vida.

Se preguntó si siquiera había visto un programa de televisión donde alguien hiciera tal cosa. En fin, tenía una misión.

Primero, necesitaba encontrar el gallinero.

Protegiendo sus ojos del sol contempló el lugar que había quedado bajo su cuidado. Dios, era tan hermoso. Ahora comprendía por qué eran tan exitosos los ranchos que se convertían en hoteles.

Mientras los nervios anteriores desaparecían, por primera vez la invadió una sensación de tranquilidad que no había sentido en meses.

Definitivamente había encontrado una nueva vida. Ni de lejos lo que había buscado; pero claramente estaba muy lejos de su otra vida.

¿O desde cuando la antigua Elizabeth habría siquiera pensado en

cuidar una gallina?

\*\*\*

«Maldita sea, qué día tan largo» pensó Travis. Se había levantado mucho antes de que amaneciera y había pasado toda la tarde esperando que su madre saliera de la cirugía.

Y todavía tenía tareas nocturnas esperándolo en el rancho. La mejor parte del día había sido desayunar con Elizabeth. De ahí en adelante todo había sido una mierda.

Salió de la camioneta sintiéndose como si tuviera setenta años. Se recostó a la puerta por un momento y se extrañó de la quietud y silencio del rancho. No recordaba haberlo visto así jamás.

La luz del porche estaba encendida y Elizabeth apareció casi al instante, envuelta en su propio abrazo. A él el corazón se le tambaleó. Unos pocos pasos le bastaron para llegar hasta ella.

Elizabeth llevaba un abrigo de lana gigante. Demonios, incluso con esa horrible creación de la tía Diane lucía fantástica.

—¿Cómo está tu madre?

—Ha tenido un día difícil, eso es seguro. La operaron. Solo necesitará tiempo para recuperarse. Papá estaba histérico y cuando mis hermanos lo supieron se pusieron peor todavía. Tampoco ha sido fácil para mí. Nos ha dado un buen susto.

Suspiró. Él sacudió su cabeza hacia el viejo columpio que tenían en el porche.

—¿Te importaría acompañarme en el columpio?

—Oh, por supuesto que no.

Esperó a que ella se acurrucara en una de las esquinas y luego él se acomodó en la otra. Con una breve sonrisa, dijo:

—Parece que ocupo mucho espacio.

—Está bien.

—Lo bueno es que eres pequeña.

Ella bajó la cabeza y Travis juró que estaba sonrojada, aunque la luz azulada del porche no lo dejaba ver bien. Sus rizos estaban escondidos tras una de sus orejas, dejando al descubierto su lóbulo. Lo invadió el deseo de mordisquearlo.

—Gracias por estar aquí. No sé lo que hubiéramos hecho sin ti.

—Solo alimenté a las gallinas.

—Y encontraste a mamá. Si no hubieras estado aquí quién sabe

cuánto habría tenido que quedarse allí tirada. Y, además, alimentar a esas gallinas puede ser un infierno.

Levantó una de sus perneras, mostrando una cicatriz junto uso centímetros sobre la bota.

—Fui espoleado por un gallo cuando tenía diez años.

—No sabía que hacían eso... —contestó con los ojos como platos.

Él rio.

—De haberlo sabido probablemente no las hubieras alimentado, ¿verdad? No te preocupes. Me merecía esta herida. Estaba molestando al gallo Agitando un palo hacia él y al parecer no le gustó.

Ahora fue ella quien rio. Al unísono comenzaron a balancearse.

Durante varios minutos se balancearon en silencio. Ella olía bien y sus dedos de los pies estaban desnudos. El anhelo se elevó en él, cerrándole la garganta. Más que nada, quería girarse y atraerla a sus brazos. Probar esos dulces labios, enterrar la nariz en sus risos...

Y preguntarle de qué estaba huyendo.

—Tengo las piezas de tu coche.

Ella gimió.

—Quiero que sueltes la mala noticia sin anestesia... —Se encogió—. ¿Cuánto?

—Mmm... Esperaba llegar a un acuerdo contigo.

Ella puso un pie en el piso de madera para frenar la velocidad que había tomado el columpio.

—¿Qué tipo de acuerdo?

—Bueno, mamá estará incapacitada. No podrá caminar en un buen tiempo... Pensé que quizá podrías quedarte aquí y ayudarnos mientras arreglo tu coche.

—No lo sé, Travis —dijo después de un largo silencio.

Demoios, él estaba en problemas. Con solo escucharla pronunciar su nombre se le erizaba la piel.

—Mira, creo que es un trato en el que ambos salimos ganando. Tómallo como un trabajo pasajero.

—¡Ni siquiera sabes si sé cocinar!

—No importará. Mamá querrá supervisarte incluso desde su silla de ruedas. Todo lo que tienes que hacer es aceptar y poner de tu parte. A cambio, arreglo tu coche y te vas sin pagarme nada.

Se sintió extraño al decir esas palabras, aunque no supo por qué. No

tenía lazos con ella. Joder, que ni siquiera la conocía, ya puestos.

Ella se balanceó, poniendo el columpio en movimiento otra vez.

Los engranajes de su cerebro iban a toda velocidad.

—Está bien, es un trato. Pero tienes que prometerme que si no funciona para ti, nuestro trato se disuelve.

La miró a los ojos.

—Trató hecho.

Extendió su mano hacia ella, aunque esa solo era su excusa para tocarla.

Con una sonrisa, ella se la estrechó con la suya. Una calidez suave envolvió sus dedos, elevándose por su brazo.

—Tenemos un trato, pequeña dama. Ahora será mejor que vaya a trabajar antes de que me quede dormido aquí mismo. Estoy agotado.

Se puso de pie y ella hizo lo mismo.

—¿Qué quieres decir con ir a trabajar?

—Hacer las tareas cotidianas del rancho. Todo lo que no se ha hecho hoy.

—¿No puede esperar a mañana? Has tenido un día largo...

¿Se estaba preocupando por él? Maldición, eso se sentía tan jodidamente bien.

—No, tener ganado es como tener una jauría de perros. Tengo que alimentarlos y revisar unas cuantas cosas.

—Yo... —Lo miró fijamente—. Puedo ayudarte. Bueno, no sé nada de ganado. Pero... si quieres te echo una mano.

Su estómago hormigueaba de anticipación.

—Eso sería genial. Pero será mejor que te cambies los zapatos. Unas botas serían mucho mejor opción.

Las dos horas siguientes las pasaron trabajando bajo la luz de la luna con solo la risita ocasional de Elizabeth y los mugidos de las vacas esperando su cena.

Cuando regresaron a la casa, sucios y cansados, sus corazones estaban a punto de reventar. Ella se ajustaba muy bien, maldita sea encajaba perfecto con él. A veces las palabras ni siquiera hacían falta para entenderse y cuando lo hacían siempre saltaba una chispa.

El cuerpo de Travis se estaba impacientando, pero no podía presionarla. Cada vez que ella se replegaba le indicaba que probablemente no recibiría su acercamiento con agrado y no quería que lo rechazara.

Ella fue la primera en bañarse, cuando acabó él la recibió en la cocina con una taza de chocolate caliente.

Ella se quedó boquiabierta al tomar la taza que le tendía. Un intercambio de electricidad se produjo cuando rozaron sus dedos.

—Nunca he conocido a un hombre que sepa hacer chocolate.

Él se encogió de hombros.

—Solo hay que mezclar leche y chocolate raspado.

—Gracias.

¿Era su imaginación o ella estaba sin aliento?

—Me alegra que estés aquí, Elizabeth.

—Oh, no es nada... Buenas noches.

Lentamente, ella se apartó. Sin embargo, Travis la siguió al pie de la escalera y observó cómo su trasero se balanceaba a cada paso. No solo era tentadora por fuera, sino que también era dulce por dentro.

—Buenas noches. Gracias por ayudarme.

Elizabeth tenía la garganta seca. Ni siquiera había probado el chocolate, porque lo único que necesitaba en ese momento era una ducha fría. Otra.

¿Cómo se suponía que iba a trabajar bajo esas condiciones? Elizabeth apenas podía pensar cuando Travis se encontraba cerca.

Él estaba apoyado en el mostrador, iluminado por un rayo de sol que entraba por la ventana de la cocina, con los brazos cruzados como si quisiera devorarla.

Louise o Lou, como le había dicho a Elizabeth que la llamara, se había acomodado en un sillón reclinable que su esposo había arrastrado hasta la cocina. Desde el fondo de los cojines, había guiado a Elizabeth para preparar un simple desayuno de avena con fruta, un almuerzo de enormes hamburguesas texanas y por último una tarta de manzana.

Hacer un pastel por primera vez era lo suficientemente estresante sin tomar en cuenta que tenía al tipo más sexy que conocía con sus ojos azules sobre ella.

Desde el día del columpio no había podido olvidar la sensación de estar tan cerca de él. Y siempre se descubría mirándolo como si fuera una obra de arte. Sabía qué línea alrededor de sus ojos se arrugaba primero cuando sonreía y que cuando comía tomaba el alimento en el sentido de las agujas del reloj, terminando un plato entero antes de comenzar con el siguiente.

También sabía que le gustaba mirarla.

¿Cuándo había sido la última vez que había recibido con agrado la atención masculina?

Hacía más de un año, cuando Stephen la había elegido en el club y le había pedido que bailaran. Dos meses después él se había ido a vivir a su departamento, le decía con quién podía pasar el rato y qué zapatos ponerse.

Debería haberse dado cuenta de lo controlador que era antes de que fuera demasiado tarde, pero no había podido abrir los ojos a tiempo.

El área donde tenía los injertos de piel comenzó a picarle. Aunque la quemadura se había curado, el solo hecho de pensar en Stephen hacía que su piel recordara.

—Así está bien, Elizabeth —dijo Lou—. Ahora retira el rodillo y coloca la masa más grande en el molde.

Con un pequeño chirrido Elizabeth siguió la indicación. Ella había creado la masa desde cero con harina y mantequilla, mezclándola a mano durante muchos minutos. Luego la había dividido en dos y había amasado hasta formar ambas partes en círculos y entonces estaba tratando de levantar la capa más grande sin que se rasgara para colocarla en el molde.

La tomó con toda la delicadeza que pudo, tal como la mujer le indicó, pero a pesar de todo comenzó a resbalársele. Con tal de que no se le cayera la lanzó al molde. El movimiento fue tan brusco que poco faltó para que el molde revotara.

Para crédito de Travis, no se rio. Ni siquiera dejó escapar una sonrisa.

—Bueno, supongo que con el tiempo lo dominarás. Ahora pon las manzanas y el resto del relleno dentro de la masa. Sí, lo tienes. Cubre todo con la otra capa de masa. Ahora haz esto.

Lou sostuvo su pulgar e índice en alto y comenzó a hacer movimientos como los que se hacen al chasquear los dedos para mostrarle como debía sellar los bordes de las dos capas de masa.

El primer intento le provocó un hueco a la masa.

—Mierda, mierda —susurró.

Entonces Travis no pudo contenerse más y dejó salir una risita ahogada. Ella lo mató con la mirada.

—¡No te atrevas a burlarte!

—¿Yo burlarme? Soy incapaz... Nada mal para una chica de ciudad. Elizabeth alzó la barbilla y volvió a su tarea.

Desde que había llegado a Texas había aprendido muchas cosas. Ya sabía cómo recolectar huevos sin que la picotearan las gallinas, había aprendido a cocinar comida para vaqueros y cómo manejar una camioneta manual.

No se parecía mucho a la chica de Phoenix que había empacado sus pocas pertenencias y se había marchado sola. En poco tiempo, había aprendido mucho y había llegado lejos.

Una de las cosas más importantes que había aprendido era cuán fuerte era su libido. Con un sexy vaquero cerca, no le había resultado difícil sentir ese impulso sexual que no la dejaba en paz ni un momento.

—Pues yo creo que estoy bien en comparación con cualquier chica,

no solo con una de ciudad.

—Lo estás, querida —dijo Lou—. No le hagas caso. Desde que se fueron sus hermanos no tiene a quien molestar y se está desquitando contigo.

—Mamá, te ves un poco cansada. ¿Te llevo a dormir? Elizabeth tiene el pastel bajo control.

Esta vez fue Lou la que lo mató con la mirada y Elizabeth la que se rio entre dientes.

— No sé por qué un tobillo roto les hace tratarme como una enferma terminal. —Travis puso los ojos en blanco—. ¡Y no me hagas muecas, niño!

—Pero, mamá, solo quería...

Elizabeth dejó el pastel y se acercó a la mujer con un vaso de jugo y unas galletas.

—No se preocupe, Lou. Déjeme sorprenderla con mi pastel, le aseguro que no incendiaré la cocina. Descanse un poco, aproveche ahora que puede darse un respiro. Mire —señaló el reloj—, justo está a punto de empezar ese programa que tanto le gusta.

Lou sonrió. Travis se quedó boquiabierto.

—Bien. Gracias, cariño. No sabes cuánto apreciamos tu ayuda aquí. Dame una mano, Travis.

Él seguía boquiabierto.

—Anda, ¿qué esperas?

—Lo que diga la reina de la casa.

De una zancada la tomó en sus brazos y se la llevó. No sin antes lanzarle una mirada acusadora a Elizabeth, que le respondió encogiéndose de hombros con presunción.

Para cuando Travis regresó, Elizabeth había dejado de cometer errores y trabajaba a la perfección.

—Dice mamá dice que no te olvides de hacer agujeros en la capa superior para dejar salir el vapor.

Ella tomó un tenedor y lo hizo.

—Parece como si estuvieras tratando de matarlo.

—¿Matar qué? —dijo una voz desconocida.

Elizabeth dio un respingo y sin querer le dejó un gran hueco a la masa.

—Maldita sea.

Dos pares de botas se adentraron en la cocina y cuando ella levantó la vista se encontró con cuatro ojos azules muy parecidos a unos que desde

hacía días se conocía de memoria.

Inconscientemente se acercó más a Travis. Él se volvió con una sonrisa hacia sus hermanos.

—Pensé que no regresaban hasta mañana.

—Cambio de planes. Después de todo no es tan fácil encontrar una esposa. Pensamos que sería mejor volver. ¿Quién es ella? —preguntó Josh, haciendo una reverencia con su sombrero y su perfecta sonrisa.

Elizabeth tragó con dificultad. El vaquero era una versión más joven de Travis.

—Es Elizabeth Mitchell, nos está ayudando con mamá. Elizabeth, ellos son mis hermanos, Josh y Declan.

Declan le estrechó la mano y su sonrisa resultó tan perfecta como la del otro.

—Mucho gusto. Vaya, ustedes son idénticos —agregó al tiempo que se lavaba las manos para seguir con el pastel.

—Yo solo sé que soy el más guapo —bromeó Josh.

Travis tomó una de las manos mojadas de ella y la colocó sobre su pecho. La piel debajo de sus dedos era abrasadora, incluso con una capa de tela entre ellos.

—Soy Travis, no lo olvides.

El silencio se apoderó de la habitación y las orejas de Elizabeth ardieron. Ella retiró su mano, volvió rápidamente al fregadero y un momento después llevó el pastel al horno, dándoles la espalda.

—¿Así que nos recibes con un pastel, Elizabeth? —preguntó Declan, con todo su encanto.

—Bueno, no sabía que venían y es la primera vez que lo preparo...

—Oh, seguramente que te quedará genial.

Travis carraspeo.

—Ese es nuestro pastel, quiero decir el de Elizabeth, papá, mamá y yo. Ustedes no estaban contemplados, qué lástima.

—Ay, vamos, Elizabeth —dijo Josh—. Me darás un pedazo, ¿verdad?

Ella sonrió.

—No le hagan caso a Travis, hay para todos. Al menos eso espero. Quizá quede tan mal que ni siquiera quieran comerlo.

Los dos hermanos menores soltaron una carcajada, Travis en cambio estaba serio.

—¿De dónde sacaste a esta señorita? —Quiso saber Declan.  
Ella se acercó.

Travis con poco disimulo cerró el espacio entre ellos.

—Elizabeth tuvo problemas con su coche. Estaba varada en la carretera. La estoy ayudando con la reparación. Mientras ella nos ayuda con mamá.

Elizabeth notó la tensión en el aire. Travis tenía razón. Ella solo estaba cumpliendo con su parte del acuerdo, luego continuaría con su vida. La idea de alejarse del rancho hizo que se le encogiera el estómago. Después de todo, no le gustaba vagar y se sentía tan cómoda allí...

—Escuché las voces de mis muchachos —resonó la voz de John. Estaba de pie en la puerta con la mano apoyada en la jamba—. Me alegra tanto verlos, no saben la de trabajo que les tengo.

Sus hijos negaron, pero fueron a abrazarlo. Elizabeth jamás había visto ese tipo de cariño.

—Primero vamos a saludar a mamá —dijo Josh—. No queremos atentar contra nuestra propia vida.

John rio y asintió.

—Prepárense, porque desde que no puede andar de arriba para abajo se ha vuelto una fiera.

Segundos después todos desaparecieron y Travis y Elizabeth volvieron a quedar a solas. El olor a pastel ya comenzaba a filtrarse.

—¿Estás bien? —preguntó él, tomando la barbilla para obligarla a verlo—. No te preocupes por ellos. Les gusta bromear, pero no los dejaré ir demasiado lejos.

—Estoy bien.

Él la miró a los labios.

—Eso es bueno.

Ella esperó, pero él no levantó la mirada ni quitó su mano.

—En realidad —su manzana de Adán se movió lentamente—, estás más que bien.

Poco a poco se acercó más, dándole tiempo para alejarse, pero ella no lo hizo. Entonces sus labios se posaron sobre los de ella.

Ahogó la sensación y el deseo, ella lo arrulló. Travis respondió con un suave gemido y apoyó las manos sobre el rostro de ella. El beso se fue tornando más apasionado y profundo.

Elizabeth estaba tan embelesada que ni siquiera se había dado

cuenta que tenía sus brazos alrededor del cuello de él hasta que sintió el ala del sombrero contra su brazo.

Travis la empujó contra el mostrador y acarició su espalda con ansia.

Ella jadeó, dándole acceso total. En un abrir y cerrar de ojos, sus lenguas se enredaron. La necesidad se acumuló entre las piernas de Elizabeth, humedeciendo sus bragas de una forma que la habría sonrojado de no estar tan ocupada comiéndoselo a besos.

Travis por su parte sentía que la bragueta le iba a explotar. Le dolía la entrepierna de puro placer cada vez que se apretaba más a ella.

Él plantó una mano sobre su cadera, moldeándola para que se ajustara a su cuerpo. Su cuerpo gritaba todo el deseo que había acumulado desde el primer momento en que la vio. Elizabeth se sentía tan bien, pero sabía aún mejor. Le encantaba la forma en que lo miraba y como se revolvía contra su erección pidiendo más.

De la cadera pasó a su trasero y después se dirigió a la entrepierna, entonces Elizabeth se congeló.

El cambio fue tan obvio que Travis se detuvo. La miró a los ojos y lo púnico que vio fue dolor. Del deseo de antes ya no había nada.

—Yo... Será mejor que limpie la cocina —se excusó ella, huyendo de él.

Sin embargo, alejarse no era suficiente para enfriar su cuerpo u olvidar su toque. Sus labios habían sido marcados por los de él y sentía como si un montón de lava fluyera por sus venas.

Ese toque cerca de su entrepierna, tan fuerte y seguro, había sido demasiado. Él no sabía por qué y ella no podía decírselo. Travis no tenía por qué saber que había acariciado una parte de su cuerpo que estaba llena de cicatrices y un pasado del que intentaba huir.

Tenía que evitar que volviera a suceder.

Él envolvió sus dedos alrededor de su muñeca y la obligó a mirarlo.

—Elizabeth, no pretendas que eso no sucedió.

—Pues no debería haber pasado.

—A mí me pareció demasiado bueno como para decir que «no debería haber pasado».

A ella la derritió la forma en que lo dijo, pero eso no evitaría que saliera pitando una vez Lou se pusiera de pie y Travis arreglara el coche. El

pánico se apoderó de ella. ¿Y si se negara a arreglar su coche después de haberlo rechazado? ¿Qué pasaría si él intentaba incluir algo sexual en el trato?

Ella se encontró con su mirada, la misma que la había convencido de que no era un asesino en serie y que subir a su camioneta era una buena idea. Todavía confiaba en él.

—Solo... necesito espacio y tiempo para pensar.

Él la liberó, pero no se alejó. Su cercanía se sentía tan bien, Elizabeth anhelaba presionar su nariz contra su camisa y sentir sus brazos alrededor de ella otra vez.

—Lo entiendo. Estaré en el garaje. Sabes dónde encontrarme.

El aire fresco de la noche enfrió la piel de Travis. Ahora que habían vuelto sus hermanos, iba a dormir en el porche. Se tendió en su petate y miró las estrellas.

A pesar de que las estrellas lo relajaban, la luz que se reflejaba en el suelo del patio lo distrajo. Era la luz de su habitación. Elizabeth todavía estaba despierta.

Su estómago se encogió. El beso que habían compartido solo había sido un calentamiento para lo que realmente quería hacerle. Ella era dulce y tentadora; y aunque no conocía su postre favorito ni su sobrenombre de niña, sabía que era una buena persona. La forma en que trataba a sus padres y a los animales le transmitía eso.

Desde que había estado en el rancho, no había dejado de analizar la atracción hacia ella una y otra vez. Mientras lanzaba heno, mientras clavaba una tabla suelta, mientras ponía y quitaba tuercas... ¿Estaba solo interesado porque era conveniente? Al fin y al cabo, necesitaba una esposa...

No. Si la hubiera visto en la feria del condado la habría perseguido hasta conocer su nombre y pedirle una cita. Era la clase de chica que se metía debajo de la piel de un hombre.

Todos los Anderson estaban muy conscientes de los encantos de Elizabeth. Desde que sus hermanos habían llegado a casa, sentía como si estuviera defendiendo su pollo de los zorros. Mientras trabajaban, lo habían avasallado haciendo preguntas sobre ella. Sus respuestas habían sido cortas y de mala gana, tanto que incluso Josh había captado.

—¿Acaso estás evadiendo las preguntas sobre ella? —le había dicho.

—A lo mejor —había contestado él.

Nunca había estado más inseguro en su vida. No quería que ella creyera que él se estaba aprovechando del trato que tenían. Era un caballero de cuerpo entero; nunca la comprometería ni haría promesas que no pensaba cumplir.

Él no era un mecánico a tiempo completo y Lou necesitaba ayuda, así que Elizabeth no se iría demasiado pronto. En ese tiempo que quedaba muchas cosas podían pasar.

Podrían conocerse mejor. Explorar esa atracción.

O ella podría enamorarse de uno de sus hermanos.

Con un juramento, se cubrió los ojos con el antebrazo. Los sonidos nocturnos de los grillos y los insectos deberían haberlo calmado, pero se sentía acalorado y tenso. Siendo honesto consigo mismo, Elizabeth lo tenía como loco.

A lo lejos, ladró un coyote.

Una visión de Elizabeth bailando country se dibujó en su cabeza. Luego otra, conduciendo por una calle secundaria junto a ella, haciéndola reír hasta que sus rizos bailaran.

Dejó escapar un suspiro. ¿Desde cuándo se había vuelto tan cursi?

Desde el momento que había puesto los ojos sobre ella.

Necesitaba conocerla más. ¿Le gustaba cantar? ¿Alguna vez había ido a pescar? ¿Podía una chica de ciudad ser feliz en el campo? ¿Había páginas en su historia que dolían demasiado para ser recordadas?

¿Por qué después de su beso ella lo había mirado con dolor?

—Maldición.

Se giró hacia un lado, pero el piso de madera era implacable. Su hombro se hundió y terminó volteándose sobre su espalda una vez más. Al menos la noche era genial. Las lluvias estaban en camino, para el fin de la semana él y sus hermanos estarían hasta el culo de barro.

La luz de la ventana se apagó. Demonios, la urgencia de subir las escaleras y meterse en la cama con ella lo estaban quemando. La forma en que sus curvas se habían ajustado a él...

Escuchó el crujir de la puerta al abrirse, inmediatamente se sentó. Su corazón comenzó a tamborilear al ritmo de una rápida canción.

Travis se quedó sin respiración cuando vio unas uñas rosas asomarse en su dirección.

Elizabeth llevaba un camisón azul que brillaba bajo la luz de la luna.

Su pene se sacudió contra los bóxer que usaba para dormir. Ella se volvió silenciosamente para cerrar la puerta. Él respiró hondo, luchando por recuperar el control.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Su voz era un graznido extraño.

Ella levantó una mano para pedirle que hablara más bajo.

—Pensé que podrías tomar una cerveza conmigo.

Como su boca estaba tan seca como el suelo de Texas en julio, una cerveza sonaba malditamente bien.

Elizabeth caminó descalza hasta el columpio del porche y se sentó. Cuando él se apretujó a su lado, ella le pasó una cerveza.

—Es una noche genial.

Su voz era como música.

Se llevó la botella a la boca y bebió para evitar tirar de ella sobre sus rodillas y hundir su lengua en su boca. Cuando se terminó la cerveza, dijo:

—Viene un frente esta semana. Tendremos lluvias fuertes.

—¿En serio? —Miró más allá, hacia los oscuros campos—. Supongo que no sabes eso por el informe meteorológico.

—No. —Sonrió—. Es algo que simplemente se sabe. El ambiente cambia, solo hay que prestar atención a las señales.

Él sonrió, incapaz de resistir el encuentro con su mirada. La luz y las sombras jugaban sobre las facciones de ella, destacando sus delicados ángulos.

Ella se balanceó. El lento ritmo junto con su fragancia femenina era de todo menos arrullador. Necesitaba otra cerveza.

—¿Por qué viniste, Elizabeth?

En lugar de responder su pregunta, ella dijo:

—Cuando me fui de Phoenix, solo podía pensar en escapar. Pasé demasiado tiempo allí después de... Bueno, solo necesitaba huir. Muy lejos. Pensé que podría terminar en California, pero realmente no tenía un destino en mente cuando comencé a conducir.

Él esperó, escuchando.

Ella miró la cerveza en sus manos.

—Pensé que llegaría a una ciudad donde instantáneamente me sentiría como en casa.

—Eso no sucedió.

Elizabeth lo miró por un largo rato. ¿Qué estaría sucediendo en esa hermosa y pequeña cabeza suya?, se preguntó Travis.

Sus labios se habían visto tan deliciosamente hinchados por sus besos. Necesitaba verlos así otra vez.

Suavemente le quitó la cerveza de la mano y la colocó con un suave tintineo en el suelo, junto a la botella vacía que él había dejado. Luego tomó su mano, su brazo, su hombro, su cintura... hasta que la tuvo en sus

brazos. Ella no puso ninguna resistencia, se abrazó a él y enterró su cara en la curva de su cuello.

—No sé por qué vine aquí, Travis.

—Entonces digamos que es que te gustan mis besos...

Antes de que ella pudiera negarlo él reclamó su boca. El primer apretón de labios encendió un fuego que había intentado controlar por mucho tiempo. Con un gruñido, hundió su lengua entre sus labios y recibió el gemido de ella.

Lo que fuera que ella estuviera sanando llevaría tiempo. Si eso significaba que tendría que conducir doscientos kilómetros todos los fines de semana para visitarla en alguna ciudad apestosa y contaminada, lo haría. Simplemente no quería dejar que esa oportunidad se desvaneciera. El destino la había puesto en su camino de la forma más obvia. Eso tenía que significar algo, maldita sea.

Él ni siquiera estaba de acuerdo con la idea de sus padres de que debían casarse. Joder, si nunca en la vida había pensado si quiera en el matrimonio. Pero de pronto ella había aparecido frente a él y todo se había vuelto tan confuso. Y probar sus labios era adictivo, necesitaba sentir eso siempre. ¿Podría vivir sin sus labios después de haberlos probado?

No tenía mucha experiencia con mujeres, pero sabía que eso era algo especial.

La presión se acumuló en su pecho mientras deslizaba su lengua sobre la de ella una y otra vez. Sus brazos lo tenían rodeado y ella cada vez cerraba más el espacio que los separaba, sus pechos subían y bajaban al ritmo de su respiración agitada. Él mordisqueó su labio inferior, luego la punta de su barbilla. Ella jadeó y el sonido lo atravesó profundamente.

Una necesidad que jamás había sentido fue su advertencia, pero él no hizo caso. Continuó besándola, dejando un camino por todo su cuello hasta la cresta de sus pechos.

Ella se arqueó contra él y Travis ahuecó sus pechos mientras hundía la lengua en el canal entre ellos. Ella lanzó un suspiro irregular que tomó como una aprobación.

Elizabeth clavó sus uñas en los hombros de él, arrancándole un gruñido primitivo y salvaje. Él liberó sus pechos y tiró de ella más cerca para montarla a horcajadas sobre su cuerpo duro y ansioso. El corto camisón de algodón reveló sus muslos y un poco de sus bragas.

Cielo puro.

—Elizabeth, eres tan hermosa. No puedo tener suficiente de ti...

Volvió a besarla como si fuera su único deber en el mundo. Ella no dejaba de frotarse contra su erección y acariciar su espalda y hombros.

Cuando él deslizó una mano sobre su rodilla, ella no se resistió. Lentamente subió de sus muslos hasta el centro. Estaba húmeda e hinchada.

—Diablos, Lizzy. Eres tan caliente.

Exploró su cuerpo rozándola con los dedos.

Elizabeth echó la cabeza hacia atrás, separando sus piernas para darle total acceso. Mientras exploraba sus hinchados labios exteriores y luego los húmedos pliegues internos, vio cómo su rostro se contraía de placer. Ella soltó un maullido de placer mientras se mordía los labios para contener los gritos que estaban a punto de escapársele. Travis presionó su dedo contra su clítoris y entre más la miraba más aumentaba su deseo de hundirse en ella.

Dios, necesitaba verla tendida bajo la luz de la luna, pero le aterrorizaba que, si se movían al suelo, la bruma de pasión se desvanecería como había pasado por la mañana.

Plantó una mano en su trasero y lo acarició mientras se llevaba uno de sus pezones a la boca. Con la otra deslizó sus jugos sobre su clítoris, haciendo círculos sobre él.

—¡Ohhh! —murmuró ella, sacudiéndose con profundos espasmos.

A Travis le latía el corazón casi tanto como la entrepierna. Quería hundirse en esa mujer, no solo en su cuerpo, sino en todos los sentidos. Era como si fuera víctima de un hechizo. Pero ya había oído que esas cosas pasaban.

Fuera lo que fuera lo que le estaba pasando, se aferraría a eso y no lo dejaría escapar.

Extendió sus dedos y metió uno dentro de ella.

—Cariño, me estás matando. Eres tan hermosa... me vuelves loco.

Él lamió su pecho y tiró de su pezón con los dientes mientras volvía a penetrarla esta vez con dos dedos.

—¡Travis!

El orgasmo estalló en Elizabeth y su cuerpo tembló de la cabeza a los pies.

La humedad cubrió toda la mano de él como lava.

Ella se dejó caer sobre él, intentando controlar su respiración. Una ternura extrema se apoderó de él y palabras que probablemente no debería

pronunciar se le vinieron a la cabeza.

\*\*\*

El cuerpo de Elizabeth aún seguía zumbado. ¿Cómo había llegado hasta ese lugar? Por un momento había estado varada en una carretera y al siguiente estaba sentada a horcajadas sobre un gran vaquero de dedos mágicos.

Su excitación se abultó entre ellos. Él debía sentirse como ella minutos antes. ¿Estaba lista para ir más lejos, para devolver lo que había recibido? Llegar a la segunda base era muy diferente al calentamiento.

Dentro de unas semanas, no lo volvería a ver.

Él la acunó contra su pecho desnudo. Cuando él dibujó pequeños círculos en su espalda, se relajó. No era un salvaje, presionándola para sellar el trato en ese momento.

Presionó sus palmas contra su pecho y sus pectorales duros. Estaba hecho para el trabajo duro. Stephen no se parecía en nada a ese hombre.

Pero no podía engañarlo haciéndole creer que se quedaría en su vida. Se estremeció.

—¿Tienes frío, Lizzy?

Él la abrazó con fuerza y su corazón se contrajo. Era tan generoso. Tan diferente a todo lo que había conocido alguna vez.

Ella no era para él. Se merecía a una mujer entera y ella no lo era. Su cuerpo podría haberse curado, pero su mente aún no.

Elizabeth no estaba lista para más y Travis necesitaba algo mejor que una mujer a medias.

—Travis, ¿qué estamos haciendo?

Él acarició su cuello con su nariz mientras enredaba los dedos en sus risos.

—Ya quisiera saberlo, cariño. Nunca he adorado tanto este columpio...

Su tono bajo se enterró profundamente en ella y los fuegos que había creído apagados se reavivaron.

Ella se deslizó de su regazo y se mantuvo a un pie de distancia. Si Travis se echaba hacia adelante, habría podido agarrarla y tirar de ella.

—Lo siento, pero no podemos hacer esto —murmuró, tan bajo que él casi no pudo escucharla.

Él sacudió levemente su cabeza.

—No te estoy pidiendo que te acuestes conmigo, Elizabeth. Todo lo

que estoy pidiendo es que dejes crecer esta semilla entre nosotros.

Le tendió una mano, ella se puso nerviosa al ver que temblaba un poco.

Dio un paso atrás.

—Lo que acabamos de hacer... Eres increíble, Travis. Pero no podemos continuar. Solo estaré aquí por un corto tiempo, luego me iré y no quiero crear ilusiones...

Él desvió la mirada.

—No hago cosas como esta. No le pongo las manos encima a todas las chicas que conozco —se le quebró la voz.

Ella extendió sus manos.

—Yo tampoco dejo que lo hagan conmigo. Y fue... una de las mejores experiencias de mi vida. Pero necesito algo de distancia.

Él encontró su mirada.

—Fuiste tú quien vino a mí.

—Lo sé y lo siento. No debería haberlo hecho.

—¿Por qué no? ¿Qué es lo que no me estás diciendo? ¿Tienes novio en alguna parte? ¿Un prometido? ¿Marido, hijos?

El shock la atravesó.

—¡No!—

—¿Entonces? Sé que tienes secretos. No nos conocemos bien, pero estoy dispuesto a hacerlo. Maldita sea, quiero hacerlo.

Él estaba rompiendo su corazón y ella no sabía cómo reaccionar ante eso. Le había permitido tocarla, besarla y liberarla. Incluso le había mostrado una pequeña parte de sí misma. Pero no sabía cómo dejarlo entrar más allá.

—Lo siento, Travis, pero no puedo.

Antes de que ella pudiera ver el dolor en el rostro de él, corrió hacia la puerta y entró a la casa. Respirando con dificultad, se apoyó contra la puerta mientras las lágrimas se le acumulaban en los ojos.

Nada de eso le pertenecía. Era fácil sentirse como en casa y la idea de irse infundía tal sentimiento de nostalgia que apenas podía respirar. Pero ese no era su sitio.

Mientras subía las escaleras y se metía en la cama de Travis, se dijo que él debía estar arrepentido de haberla traído a casa. No había sido más que un dolor de cabeza desde el principio.

Debía de pensar que no era buena.

Y tenía razón.

—¿Qué diablos te pasa, Travis? —Josh se apoyó en su pala y miró a su hermano con gesto serio, estaba harto del mal humor que había cargado toda la mañana—. ¿Estás enojado porque no fuiste a Austin con nosotros?

—Diablos, no. No soy tan tonto como para pensar que con solo entrar a un bar en Austin encuentres a una chica que quiera vivir el resto de su vida conmigo en medio de la nada.

—Ah. ¿Sí? Y ¿qué opinas de cierta mujer que se encuentra bajo el flagelo de mamá?

Travis dejó escapar un suspiro. Elizabeth lo había dejado tambaleante y dolorido, no había podido concentrarse en todo el día. Había trabajos que necesitaba hacer, pero no podía ver nada más que la dulce mujercita que había tenido en sus brazos.

Ni siquiera había podido dormir, pensando en cuál había sido el error que había cometido. Probablemente había ido demasiado rápido, pero contenerse había sido imposible.

Aún así, no podía mantenerse alejado de ella. Iba a la casa cada vez que podía solo para mirarla.

Y la forma en que lo miraba de reojo lo quemaba de deseo. Prácticamente todavía podía olerla en sus manos.

Pasó una palma sobre su rostro.

—No quiero hablar de Elizabeth. Lo único que sucede es que estoy arreglando su coche.

—Sí y pasas toda la noche haciéndolo. No es de extrañar que estés gruñón; ni siquiera duermes más de cuatro horas.

Continuaron trabajando en silencio.

Antes de Elizabeth, Travis había estado contento. En cambio después de ella se sentía como si las hormigas estuvieran devorando su piel.

Después de un rato Travis se detuvo y agarró su termo de agua fría y se bebió la mayor parte de él. Estaba empapado de sudor. Miró a Josh con atención.

—Entonces, ¿cómo les fue con la búsqueda de esposa?

—Bueno, pues... hicimos lo mejor que pudimos. Pensamos que las mujeres se nos tirarían encima. —Arqueó una ceja—. Al menos yo, soy consciente de que estoy bien guapo.

Travis soltó una carcajada. Su hermano siempre había sido un poco arrogante, pero sobre todo era divertido.

—Y recibimos algo de atención, la verdad. Pero esas mujeres estaban más interesadas en una noche loca que en una boda. Bailamos y charlamos con algunas chicas lindas, pero ¿qué podemos tener nosotros en común con unas chicas de ciudad?

Travis sintió una patada en el estómago.

—Luego fuimos a bares más pequeños, conocí a una chica prometedora allí, hasta que descubrí que ya estaba comprometida.

—Eso apesta.

—Sí, fue la única que verdaderamente me cautivó.

Travis conocía la sensación, pero no lo dijo.

—Entonces, ¿qué está pasando realmente contigo y Elizabeth?

Era hora de volver al trabajo.

—Su coche se descompuso y lo estoy arreglando, a cambio ella está ayudando a mamá y ya... Eso es todo.

—Ella no te mira como si solo fuera eso.

El corazón de Travis dio un salto mortal.

—¿Esa pala es para descansar o para trabajar con ella?

Con una sonrisa Josh le dio un codazo.

—Te mira como si tuviese hambre y tú fueras una chuleta enorme.

Travis negó con la cabeza, haciendo caso omiso a las palabras de su hermano. Le daban esperanzas y obviamente eso no le convenía en nada, Elizabeth se lo había dejado bien claro.

—Bueno, si no estás interesado, tal vez yo sí. —Se encogió de hombros—. Obviamente soy el más guapo y encantador y ella es hermosa...

Travis dejó de palear y señaló a su hermano como si lo hiciera con una escopeta.

—Aléjate de ella.

—¿Por qué? Necesito una esposa y ella está disponible...

Josh solo estaba molestando, pinchando a su hermano mayor. Sabía muy bien que Elizabeth lo traía de cabeza. Aunque no lo quisiera admitir.

—Olvídate de eso. Sobre mi cadáver le vas a poner una mano

encima.

Sonriendo, Josh recogió una palada y se la arrojó a Travis dejando sus botas enterradas.

—Hazlo de nuevo y te acostaré a dormir sobre ese montón.

Él rio.

—Me gustaría verte intentarlo, hermano. Si eres tan celoso con Elizabeth, ¿por qué no vas tras ella?

—No quiero hablar de esto, Josh.

—Espera —abrió los ojos como platos—, ¿lo intentaste y te rechazó?

Su orgullo recibió un golpe, lo que hizo que su lengua se aflojara.

—No exactamente... No le soy indiferente...

—¿Y?

—¡Pareces una vieja chismosa!

Josh puso los ojos en blanco.

—Apuesto a que ni siquiera sabes cómo conquistar a una mujer.

Era el turno de Travis de arrojarle una palada a su hermano.

—Te lo mereces.

—Anda, lanza tu primer golpe.

Y entonces, como cuando eran niños, se lanzaron sobre la tierra a pelear. Habían hecho eso tantas veces que no podían recordar cuántas.

# 10

Tres semanas después, Elizabeth había aprendido a hornear toda clase de cosas, desde galletas hasta un pollo relleno, desde donas y pasteles de arándanos hasta pizza. Ya sabía cocer los platos favoritos de los Anderson. Aunque le había costado lo suyo, las primeras veces se le había quemado un poquito bastante la comida.

Todos habían sido amables, pero ella sabía que les había costado lo suyo comerse lo que les había servido.

Aún así, la mayoría de las cosas habían sido exitosas desde el primer momento. Cuando se fuera prácticamente tendría un título máster en cocina casera.

Se apoyó en el fregadero y miró por la ventana hacia el sol poniente. La cocina estaba limpia después de la cena. Lou ya usaba muletas, pero aun así le costaba movilizarse y el dolor la molestaba constantemente, entonces no había podido recuperar su cocina. Elizabeth aún era necesaria.

Pasaba ocupada todo el día. Jamás habría pensado que ser la ama de casa de un rancho fuera un trabajo tan ocupado. Andaba de un lado a otro todo el día y daba gracias a Dios, porque eso era lo único que le permitía mantenerse cuerda.

De lo contrario se habría vuelto loca pensando en Travis, tal como lo hacía en la noche.

Estaban en la temporada de parto, así que los chicos estaban trabajando duro y sin descanso. Si bien el tema fascinaba a una chica de la ciudad deseaba que acabara pronto para poder ver más a Travis. Estaba jodida. Deseaba hablarle, aunque fuera solo para preguntarle cómo le había ido.

Si fuera honesta consigo misma, habría admitido que lo echaba de menos.

Estúpida. Eso era lo que era.

De solo pensar en su sonrisa torcida al probar el primer bocado del pastelillo de esa tarde, se le erizaba la piel. Había puesto la misma cara de

placer que puso cuando se besaron por primera vez.

Ella envolvió sus brazos alrededor de su cintura e intentó ignorar el calor que recorría su cuerpo. Pensó en que calmar su dedeo era tan fácil como volver a Travis. Sabía que él no la rechazaría.

Podrían pasar las últimas semanas de su estancia disfrutando de esa sensación que les quemaba el vientre. ¿Qué la estaba frenando?

Saber que él quería más.

La forma en que la miraba, la forma en que se movía cuando estaban cerca y la manera en que la trataba. Y él no era el tipo de hombre con el que se podía acostar y después dejarlo. Si lo hacía él no se lo tomaría a la ligera.

Uno de los guapos Anderson entró a la cocina con zancadas fuertes. Era tan guapo como Travis, pero no la ponía nerviosa, ni ansiosa y mucho menos como una olla de presión.

Declan la saludó sujetando el ala de su sombrero y le comentó que el trabajo estaba de locos mientras se servía un vaso de té dulce.

Antes de que él se fuera Elizabeth le dio un montón de botellas de té para que le llevara a sus hermanos y a John.

Luego se dirigió hacia el porche delantero para sentarse y pensar.

Incluso pensar en Travis era injusto. Se iría en poco tiempo y los dos se quedarían sangrando un poco después. No era el tipo de chica que podía usar y desechar a un hombre como si nada. Había tenido cinco novios en su vida y ninguna de esas relaciones se la había tomado a la ligera.

Por eso estaba tan devastada por lo que Stephen le había hecho. Las quemaduras, las cirugías y las cicatrices fueron mucho menos dolorosas que saber que había intentado matarla.

¿Había superado a Stephen y podía compartir su cuerpo con Travis?

La respuesta no estaba muy clara. Joder, sí. Esa no era la excusa. Deseaba con cada célula acostarse con él. Podía ser una aventura breve y placentera. Probablemente conmovedora, algo que recordaría después.

Josh se asomó desde dentro de la casa?

—¿Hay más té? Estaba delicioso y lo que enviaste no nos duró ni un segundo.

—Sí, en la nevera.

Se puso de pie, pero Josh le indicó que no se moviera.

—No te preocupes, lo tomaré yo mismo.

Le guiñó un ojo, ella le devolvió la sonrisa. Los Anderson eran unos coquetos sin remedio, pero solo uno le hacía revolotear el corazón.

Tomó una decisión. Esta noche encontraría a Travis y lo intentaría de nuevo.

Era tarde cuando se fue a la habitación. Tomó una larga ducha para relajarse.

Finalmente, se puso un vestido rojo sin tirantes y se pintó los labios un poco.

Satisfecha con su apariencia, lanzó una mirada hacia los establos. Los chicos vendrían pronto, excepto Travis. Él iría al garaje y comenzaría a trabajar en su coche.

La culpa la inundó. Él estaba trabajando muy duro para ella. No era tan estúpida como para creer que el trabajo que estaba haciendo para Lou equivalía al costo de las piezas y la mano de obra de Travis. La ayudaba porque era un buen tipo. ¿Desde cuándo el destino la premiaba con un buen tipo?

buscó en su maleta y encontró unos sexys zapatos de tacón que combinaban perfecto con su vestido. Se los puso y se sintió más femenina que nunca, se colocó un poco más de perfume entre los pechos.

Después bajó las escaleras y preparó una jarra de té dulce para llevar al garaje.

\*\*\*

Cuando Travis levantó la vista y la vio frente a él como la imagen más sensual, su pecho se volvió demasiado pequeño para contener a su corazón martilleante.

Dios bendito, ni siquiera recordaba la última vez que había visto unos tacones. Se le hizo la boca agua. Sus ojos subieron desde sus zapatos hasta sus perfectas piernas, recorrieron cada curva a la que se pegaba su vestido.

¡Y encima le llevaba una bandeja con una jarra de té!

¿Acaso había salido de una de sus fantasías sexuales? ¿Estaba soñando?

Se encontró con su mirada y la electricidad cruzó entre ellos.

—Te traje un poco de té.

Elizabeth se adelantó tendiéndole un vaso.

Travis se limpió la grasa de las manos y lo tomó. Aunque lo único que anhelaba era tomarla a ella por la cintura y besarla. Dios, parecía tan bonita y fresca como un campo de verano después de una lluvia.

Tragó saliva y aceptó el vaso. Entonces ella dejó la bandeja sobre

una mesa y agarró la jarra para llenarle el vaso. Después del primer sorbo supo que se había enamorado.

Como un idiota.

Ese era el mejor té que había probado en su vida y que lo perdonara su madre.

Maldita sea, lo tenía mal.

Su coche estaría listo en una semana y no sabía qué iba a hacer cuando se fuera.

En algún punto entre recogerla en la carretera y probar su dulce té, había caído rendido a sus pies.

Bajó el vaso e intentó controlar su respiración entrecortada.

—Sabe genial. Has agregado algo que mamá no. Puedo sentirlo...

Ella sonrió.

—Un poco de menta y más limón. ¿Te gusta?

—Es delicioso. Podría beberme un galón.

—¿Quieres más? Puedo traer...

—No —dijo demasiado rápido, demasiado rudo—. Tengo una sorpresa para ti.

Algo oscuro cruzó su rostro. ¿Qué estaría pensando ella?

—Ven aquí.

Caminó hacia el coche y le mostro lo que había bajo el capó.

—No estoy segura de lo que debería de ver.

Sonrieron.

—La mayoría de las piezas están en su lugar, incluida la transmisión. Solo tengo que hacer algunos ajustes y listo.

—Oh.

Había esperado una reacción más alegre, sin embargo, no lucía así.

—Claro, al ritmo que trabajo... faltará al menos una semana hasta que esté completamente listo. Para entonces mamá debería estar bastante bien.

—Bien.

Ella comenzó a mover sus manos con nerviosismo.

—Elizabeth...

Se volvió hacia él y echó la cabeza hacia atrás para encontrarse con su mirada.

—Travis, sobre lo que pasó la otra noche... Cuando hui... me equivoqué...

—Hiciste lo que era mejor para ti, cariño...

—No estoy segura de haberlo hecho.

Su estómago se apretó.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que... Que no puedo sacarte de mi cabeza. Necesito más de ti... Saber cómo termina...

—Dilo claro.

Vacilante, ella colocó sus manos sobre sus bíceps.

—Quiero intentarlo de nuevo. Te deseo con cada parte de mi cuerpo... Desde el primer momento en que te vi he querido sentir tu piel contra la mía.

Su pecho se agitó y su cuerpo multiplicó la temperatura.

Ella se iría pronto y solo le quedarían recuerdos, pero su corazón le gritaba que podría convencerla para que lo que tenían no terminara tan pronto.

La levantó de un tirón y la colocó sobre un taburete. Ella le echó los brazos al cuello y lo besó.

El primer roce de su lengua sobre su labio inferior le envió un escalofrío hasta la entrepierna. Ahuecó su rostro y se acercó tanto que pudo sentir su cuerpo latir al mismo ritmo que latía el de él.

Ella puso la mano en su erección y la frotó. Iba a abrir su pantalón cuando él se detuvo y la apartó.

—Aquí no.

—¿Qué?

—Ven conmigo.

La tomó de la muñeca y la bajó del taburete. Salieron del garaje y cruzaron el patio hasta llegar a la vieja camioneta de él. En silencio se subieron. Travis no salió a la carretera si no que condujo hacia el campo.

Los pechos de Elizabeth rebotaban al mismo ritmo que sus risos y eso puso a Travis más duro de lo que ya estaba. Demonios, iba a estallar.

Sabía exactamente el lugar a donde quería llevarla.

El punto más alto del rancho.

El lugar con el que había soñado toda su vida. Donde se había imaginado construyendo una casa con sus propias manos.

El lugar donde quería ser feliz con ella mientras tomaban café en el porche y miraban los kilómetros de valle que los rodeaban.

Cuando se detuvo, Elizabeth se inclinó hacia delante y apoyó las manos en el tablero para mirar por el parabrisas.

—Dios mío, la vista es... alucinante.

—Lo sé. Ven.

Salió y rodeó la camioneta para abrirle la puerta. Ella lo conocía lo suficientemente bien como para esperar a que lo hiciera y eso le complacía más de lo que se hubiera atrevido a admitir.

—La vista es increíble. Incluso en la noche.

—Lo sé —dijo—. Puedo verlo.

Ella levantó su rostro hacia él. Sus miradas se conectaron, sus corazones chisporrotearon. Inclinandose, él tomó su boca, suavemente. Su beso fue lento y casto, pero lo llenó por completo.

—Y es mejor si tú estás aquí.

La condujo a la parte trasera de la camioneta. Desde ahí se podían ver bañadas en sombras las tierras que un día serían de los hermanos Anderson.

Si alguna vez encontraban esposas, claro.

Elizabeth se quedó sin aliento y colocó una mano contra el corazón de él. ¿Estaba galopando tanto como el suyo?

Era todo lo que tenía en ese momento y lo iba a aprovechar.

—Planeo terminar lo que comencé la otra noche, Lizzy.

—Yo... quiero que lo hagas.

Sus ojos brillaban llenos de deseo.

Él extendió una manta en la parte trasera de la camioneta. No era una cama de plumas, pero estaba limpia. Luego la instó a recostarse. Cuando se unió a ella, Elizabeth se acurrucó contra su cuerpo.

Durante largos minutos, simplemente se abrazaron. Después voltearse para encontrar sus bocas fue completamente natural e instintivo.

Si solo tuviera una oportunidad se lo habrían tomado con calma, pero no. Ese era el único momento y ambos lo sabían. La atrajo más hasta que sus piernas se enredaron con las de él. Ella se volvió más audaz y más inquieta, meciendo sus caderas contra su miembro duro y expectante.

Se sentó a horcajadas sobre su erección, le quitó el sombrero y se lo colocó ella con toda la coquetería que tenía como arsenal, para después bajar a sus pechos y acariciarlos, haciendo que el gimiera mientras la observaba.

Travis podía ver cómo los pezones crecieron y se marcaron en la fina tela roja. Estaba babeando como un hombre hambriento ante un manjar.

Elizabeth lentamente bajó los tirantes del vestido y dejó que la brisa del lugar acariciara sus pechos desnudos.

Eran redondos y blancos, sus pezones duros parecían dos pequeñas

cerezas que imploraban por ser devoradas. Travis no aguantó más, se sentó, la besó apasionadamente y tomó sus pechos con las manos, pellizcando esas protuberancias que lo tenían encendido.

—Debería haber hecho esto esa noche en el porche.

—Necesitabas tiempo...

Enterró su nariz en su cabello y lamió el lóbulo de su oreja. Ella se retorció.

—Estoy lista ahora —jadeó—. Te deseo tanto, Travis. No ha pasado un día en que no imagine tu cuerpo dentro del mío.

Él agarró su culo redondo y lo apretó contra su pene mientras bajaba besando su cuello.

—Nunca he estado con un vaquero... —Su aliento se detuvo cuando llegó a sus pechos.

—Ya somos dos...

Ella soltó una risita y se dio cuenta de lo malditamente correcto que era estar en sus brazos. ¿Cómo iba a ser malo algo que se sentía tan bien?

—He estado sufriendo por ti, Lizzy.

Ella atrapó la tela de su camiseta y tiró de ella hacia arriba.

Sus dedos bailaron sobre su piel.

—Eres tan grande.... Tan duro... Fuerte... Dios mío, me muero por tener cada parte de ti, vaquero...

Travis contuvo el aliento cuando ella bajó acariciando su ombligo. Estaba tan cerca de su pene que de solo pensarlo le daban escalofríos.

—Eres hermosa —murmuró antes de reclamar su boca otra vez.

Sus lenguas seguían enredadas en una salvaje danza de necesidad mientras la ropa comenzaba a estorbarles.

—Lizzy, me estás volviendo loco.

—No me digas...

Ahueco el bulto de sus pantalones y comenzó a acariciarlo. Travis puso los ojos en blanco tratando de no perder el control o de lo contrario se correría en los calzoncillos.

Ella no tardó en encontrar la hebilla de su cinturón y desabrochar su pantalón. Cuando deslizó su mano caliente dentro y agarró su pene olvidó por completo que quería tomarse el tiempo. Maldita sea, lo único que quería era hacerla suya duro y después lento.

La dejó sentir su longitud, recorrer cada una de las venas que querían estallar, su glande húmedo y caliente, sus testículos llenos y

ansiosos. Atrapó su labio inferior entre sus dientes y no pudo soportarlo un minuto más. Tenía que ponerla debajo.

Volteándola, la presionó contra la manta de lana.

—Desearía que fuera mejor, cariño. Una cama suave con lujosas sábanas y...

—Dudo que haya un lugar mejor que este, Travis...

Su tono era genuino, sus ojos ardían.

Desnudarla viviría en su memoria para siempre. Cuando la tela roja desapareció y reveló su hermoso cuerpo, fue golpeado por una ola de sentimientos que lo superaban.

—Estos zapatos van a ser lo único que vas a llevar cuando te tome, Liz... Me la pusiste dura desde el mismo momento en que te vi con ellos... ahora voy a calentar hasta la última célula de tu cuerpo.

Travis tomó sus pechos en la boca, después bajó hacia el ombligo y se dirigía a la cadera cuando ella lo detuvo.

—No...

Se inclinó para mirarla a los ojos.

—¿Qué pasa, Liz? Dímelo. No permitamos que suceda otra vez. Puedes confiar en mí. No haré nada que no quieras.

Ella tomó su mano y la guio hasta su cadera. Sin comprender, él acarició la piel.

Entonces se quedó quieto.

Se sentía diferente, era una piel más tirante, en algunas partes tenía el relieve que solían tener las cicatrices. Retiró su mano para ver.

Se le cerró la garganta.

—¿Es una quemadura?

Elizabeth cerró los ojos y se llevó las manos a la cara.

—Sí. Mi ex... Sufrí violencia doméstica por mucho tiempo. Hasta que intentó quemarme viva y comprendí que eso no tenía nada que ver con el amor... Casi me cuesta la vida —se interrumpió, luchando contra las lágrimas, aunque no dejó caer ninguna.

Ella era fuerte, le había costado descubrirlo, pero lo había hecho. Por eso se había ido, porque se merecía una buena vida y ser feliz.

—Cariño, esto —deslizó su mano sobre la piel fruncida—, no es un defecto. Ni siquiera lo pienses. Ni por un momento he dejado de ver a la chica que me ha vuelto loco desde que la conocí. Esto solo es la historia de un sobreviviente. La prueba de que eres una mujer valiente, de hierro. Te hace

más bella para mí.

Esta vez no pudo contener las lágrimas y un sollozo la atravesó. Él la abrazó y la besó con dulzura. No solo lo hacía para calmarla a ella, sino que también para calmarse a sí mismo. Si algún día llegaba a cruzarse con ese hijo de puta iba a ir a por él y no pensaba tener una gota de control.

Volvió a cubrirla de besos, tomándose más tiempo que las otras veces. Y cuando llegó a sus caderas ella no lo detuvo. Rozó su quemadura con sus labios, ella enredó sus dedos en su cabello.

Bajó por sus piernas y besó sus tobillos y toda la piel alrededor de los zapatos.

—Dios mío, no te quites estos zapatos nunca.

Ella soltó una carcajada.

Su sonrisa brillando a la luz de la luna era lo más hermoso que había visto en la vida. Travis volvió a subir, abriéndole las piernas e hizo lo que había querido hacer desde el primer momento.

Enterró su lengua en los pliegues húmedos de ella. Podía hacerse adicto a Elizabeth, quizá ya lo era.

Ella gimió revolviéndose en el suelo, empujando sus caderas hacia él como una diosa. Entre más la probaba más excitado se ponía. Jugueteeó con su clítoris hinchado hasta que Elizabeth gritó y bebió sus jugos sediento de ella.

Travis no solo había liberado su placer, sino algo más importante que eso: los grilletes con los que había vivido durante demasiado tiempo.

Su corazón se había tambaleado incluso mientras temblaba bajo su lengua. La pasión corría por sus venas y tenía que admitir que ese hombre que la ponía así, se había robado su corazón. Estaba enamorada.

Pero se haría cargo de eso después.

El calor le lamía las entrañas y su sexo palpitaba a toda velocidad.

Estaba empapada y Travis se estaba encargando de probar hasta la última gota. Un calor oscuro se enroscó en su vientre al escuchar los sonidos primitivos y húmedos del sexo oral.

Pero la cosa no había acabado ahí, mientras Travis seguía lamiendo su piel húmeda, la penetra con un dedo y después otro.

Santo cielo... un charco se le acumuló entre las nalgas cuando volvió a correrse. No podía más, si Travis seguía se iba a desmayar. Su cuerpo ni siquiera podía sostenerse solo.

Ella gritó un puñado de juramentos que no hicieron más que excitar a Travis.

—Gracias a Dios aquí nadie puede escucharnos —murmuró.

Elizabeth se ruborizó un poco.

—Es tu culpa...

Él se puso de rodillas y ella ni se lo pensó, con un movimiento rápido le bajó los pantalones y descubrió su pene largo y duro. Una gota se deslizaba por su glándula, delatando lo excitado que estaba.

Tomó el miembro en su mano y comenzó a masturbarlo hasta que él le retiró la mano...

—Oh, Lizzy, no aguanto más. Quiero tenerte... —sacó un condón del bolsillo trasero y se lo ofreció.

Ella lo tumbó, le quitó las botas y terminó de quitarle el pantalón, luego comenzó a ponerle el condón lamiéndose los labios al imaginar todo eso dentro de ella.

Tan pronto como el condón estuvo en su lugar Travis tiró de ella y se colocó entre sus piernas, besándola y acariciando su cuerpo. Ella envolvió sus piernas alrededor de él, buscando su pene, restregándose con total descaro. Él tomó sus caderas y de un solo movimiento la penetró.

Sus miradas se conectaron y ambos gimieron como animales.

—Haré que esto sea bueno, cariño.

—Esto es más que bueno....

Mientras la penetraba una y otra vez se susurraron toda clase de frases sucias y pervertidas, se besaron, se acariciaron... se perdieron en el otro.

Sus cuerpos se movían a un ritmo desesperado.

—Oh Dios... Eres tan caliente y apretada... Estoy a punto de explotar...

Él sacudió sus caderas con fuerza, poniéndose rígido y tembloroso al tiempo que ella le hundía las uñas en los hombros. Segundos después, los dos llegaron juntos y gritaron sus nombres mientras un rayo los atravesaba de pies a cabeza.

Ese era un placer que podían disfrutar una y otra vez. Jamás habían disfrutado tanto de otra persona.

Descansaron así unos minutos, luego él se movió hacia un lado, liberándose de su cuerpo. A Elizabeth le dolió un poco el corazón al imaginar que todo se había acabado, pero él la abrazó y acarició su espalda al instante.

—Me encanta esta parte del rancho aún más ahora que la he compartido contigo.

Ella sonrió contra su pecho.

—Nunca he estado aquí antes, pero puedo decirte que es infinitamente mejor que la cocina de tu casa.

Él soltó una carcajada.

—Esta será mi tierra algún día.

—¿Este lugar exactamente?

—Sí. Mis padres han apartado un terreno para cada uno de sus hijos. Este será el mío, pero hay una condición.

—¿Qué condición?

—Bueno, no sé si debería decirte esto. Podría ser un poco raro...

Ella se apoyó en su codo y lo miró.

—Compartí lo de mi quemadura contigo...

—De acuerdo, pero debes prometerme que no te asustarás por lo

que acabamos de hacer.

«Oh, no» pensó ella con creciente alarma.

—Está bien.

—No podremos tener la tierra hasta que no nos casemos.

Tomo un latido de su corazón para que asimilara lo que acababa de decirle. La sorpresa le transformó las facciones.

—¿Qué?

—Es la condición que pusieron mis padres, no habrá tierra hasta que nos casemos y así podamos establecernos por nuestra cuenta.

Su voz estaba teñida por la vergüenza. Era un hombre enorme, masculino, fuerte y decidido; pero su futuro dependía de una condición absurda que le habían puesto sus padres.

Ella se sentó.

—Quieres decir que solo será tuya si consigues una esposa...

—No le des vueltas, Lizzy —ahora estaba tenso—. No te traje hasta aquí ni te hice el amor para que te casaras conmigo...

Elizabeth no podía respirar. Ni siquiera sabía qué pensar. Todo lo que ella quería era llevarse los recuerdos de unas pocas noches junto a Travis. Pero su confesión la había confundido por completo. Claro, ahora lo entendía. Por eso él buscaba una esposa. La necesitaba. Sabía cuánto amaba esa tierra y a pesar de ello y de trabajar desde el amanecer hasta el anochecer, no era legalmente suya...

«Necesitaba una esposa». Esas palabras se repetían una y otra vez.

Ella estaba lejos, muy lejos de querer casarse.

—Elizabeth, esto entre nosotros, la atracción, no tiene nada que ver con la cláusula para obtener la tierra. No voy a tomar una esposa solo por un pedazo de tierra, si lo hago es porque será la mujer adecuada.

Oh, Dios. Pensar en él casado con otra persona, con una familia propia y una gran casa con esas hermosas vistas hizo que a Elizabeth le dieran náuseas.

Se pasó una mano por la cara. Atrapar su aroma en su piel no ayudó.

—Me iré tan pronto como el coche esté arreglado —soltó de pronto.

Él se quedó inmóvil y ella se sintió agradecida de que no pudiera ver su rostro.

—Ya lo sé. No podría pedirle a una chica de la ciudad que renuncie a todo solo para quedarse conmigo. Sé que nunca planeaste estar aquí y que

esto era algo temporal...

Las lágrimas picaron sus ojos y se regañó a sí misma.

Entonces Travis la tomó y hundió los dientes en su cuello.

—No pensemos más. Esta noche es para nosotros y no importa nada más.

Volvieron a hacer el amor otra vez, pero aunque lo disfrutaron no fue ni de lejos tan mágico como la primera vez. Y cuando se acurrucaron ambos tuvieron que fingir que dormían.

\*\*\*

Había sido una semana de momentos robados: besos en la despensa, dedos tocándose por debajo de la mesa y cuerpos moviéndose bajo la luz de la luna. Elizabeth caminaba con una sonrisa tan a menudo que incluso Lou lo había comentado.

—La vida en el campo te está sentando muy bien, cariño.

Definitivamente. Se sentía tan diferente allí. No se trataba solo del aire puro o el silencio, ni siquiera del tráfico o su experiencia con Stephen; era un mundo totalmente distinto. Aquí, a nadie le importaba que su esmalte de uñas no combinara con su atuendo o que su vestido fuera de una edición pasada.

Y, además, estaba enamorada de Travis. Cada vez se le metía más en el corazón. Su parte racional sabía que era peligroso hacer tal cosa sabiendo que pronto se iría. Pero era imposible no querer más.

Tan pronto como oyó los fuertes y pesados pasos, sintió escalofríos en la columna vertebral. Sonriendo, se volteó sin importarle dejar a medias el apio que estaba cortando para la ensalada de pollo del almuerzo.

Travis estaba en la puerta de la cocina, ocupando todo el espacio. Se echó hacia atrás el sombrero y le arqueó una ceja.

El calor ardió en el vientre de Elizabeth. Esa última semana se habían gastado un montón de condones, la última noche Travis había tenido que meterse al cuarto de Declan a robar un par.

Su voz la arrastraba. Desde el primer día que habían hecho el amor no había dejado de llamarla Lizzy y ahora toda la familia lo hacía también.

De hecho, parecían sus cómplices.

Por el desayuno Travis no se había cortado ni un poco al mirarla de pies a cabeza comiéndosela con la mirada frente a todos. Entonces Declan había bromeado:

—Mamá, ¿no le enseñaste a Travis a no comerse a las chicas

bonitas con los ojos?

Lou había golpeado a Declan con un periódico.

—Deja a Travis en paz.

En el fondo, Elizabeth suponía que todos sabían lo que pasaba entre ellos. Y seguramente por eso era que Lou había dejado a Elizabeth sola en la cocina cada vez con más frecuencia, a pesar de que ya era capaz de recorrer el rancho en muletas como si llevara haciéndolo toda la vida.

—Oye, Liz... —dijo Travis desde la puerta, sacándola de sus recuerdos—. Bonito vestido.

—Gracias.

Él se acercó despacio y le enredó una mano alrededor de la cintura.

—Mmm, hueles bien.

Hundió la nariz en sus rizos. Ella puso los ojos en blanco, ni siquiera se había lavado el pelo esa mañana.

Unos pasos se acercaban.

—Viene alguien.

—¿Te importa? ¿Qué pasaría si anunciara a la hora del almuerzo que me tras loquito?

La forma casual en que él admitió eso la puso nerviosa.

—Travis, no.

Él la soltó, aparentando no sentirse afectado.

—Tengo que volver al trabajo. Solo venía a decirte que en la noche tendré una sorpresa para ti.

Sin nada más que agregar se fue.

Con un profundo suspiro, volvió a cortar el apio y luego las cebollas para la ensalada. Lou entró para pedirle que agregara algunos arándanos secos a la mezcla porque a los chicos les encantaba. Elizabeth asintió sin levantar la vista.

—¿Todo bien?

—Oh, sí. Por supuesto.

Lou se sentó en una de las sillas. Pronto no necesitaría a Elizabeth.

—¿Fue a Travis a quien escuché hace un momento?

—Sí.

—El chico tiene esa forma de caminar, con pasos fuertes y largos. No es de extrañar, tan alto y musculoso.

Sí, que lo dijera ella, conocía muy bien los músculos de Travis.

—Él trabaja duro —contestó y cometió el error de mirar a Lou al

decirlo.

—Es un buen hombre.

—Sí.

—Y está muy interesado en ti, todos lo hemos visto.

Oh, no. No quería que todos fueran conscientes de que le iba a romper el corazón.

—No sé qué decirte —susurró.

—Puedo ver que estás asustada y sé que llegaste aquí porque huías. Pero ¿de qué?

Eran amigas. Lou podía ser muy estricta y directa a veces, pero era la figura materna que su propia madre nunca había sido. ¿Podría confiar en ella y desnudar su corazón?

—Siéntate y habla conmigo, cariño. —Elizabeth se secó las manos y obedeció—. ¿Sientes algo por mi Travis?

Sus palabras la afectaron, eran un golpe directo.

«Mi Travis».

Sí, Travis pertenecía allí, junto a la tierra que algún día reclamaría... Cuando encuentrara a una esposa.

Tragó saliva.

—No lo sé.

Lou la miró, probablemente consciente de su mentira.

—Te he visto florecer desde que llegaste aquí. Creo que hay más de lo que quieres admitir...

Ella se miró las manos.

—Quizá.

—Bueno, sea lo que sea quiero que sepas que aquí hay un lugar para ti. En este tiempo que nos has acompañado te has ganado nuestro corazón y nuestro respeto. Nada me haría más feliz que ver a Travis del lado de una mujer como tú.

Ella levantó la vista, sorprendida.

—Lo haces sonar tan simple.

—¿Acaso no es así?

—No.

—¿Travis sabe por qué?

Elizabeth se apartó de la mesa y se levantó.

—Ambos somos conscientes del por qué.

—Te confíe mi casa —dijo, poniéndose de pie— y mi cocina, lo

hiciste muy bien. Ahora te confiaré a mi hijo.

Elizabeth comprendió el mensaje: te confío a Travis, pero no le hagas daño.

Después de eso pasó el resto del día inquieta.

¿Había sido una egoísta? ¿Se había equivocado?

Durante el almuerzo, mantuvo su mirada fija en el plato. Incluso cuando Travis golpeó su pie con toda la intención, ella no levantó la vista.

Después todos desaparecieron llevándose sus charlas y bromas, menos Travis.

—¿Estás bien? Te noto apagada.

—Estoy bien, solo estaba pensando un poco.

—Pensando... ¿Te importaría compartirlo conmigo?

—No ahora, Travis.

Necesitaba tiempo para desenredar sus pensamientos de sus emociones. Pero se lo diría. Era lo mínimo que podía hacer.

—Bien. Tienes todo el derecho, pero espero que sepas que siempre puedes venir a mí.

Oh, Dios. Eso empeoraba las cosas. Él era tan solidario y amable: sería un esposo maravilloso.

Para alguien más.

—Lo sé.

—Estaré en todo el día en los campos del oeste. No volveré hasta la hora de la cena.

Toda la tarde estuvo de mal humor. Arruinó un lote de galletas y tuvo que tirarlas. Quitar la masa quemada de las bandejas fue casi tan difícil como alejar sus pensamientos de Travis.

Necesitaba averiguar si lo que había deseado al salir de Phoenix y lo que necesitaba ahora eran lo mismo.

La cena consistió en chuletas de cerdo al horno con glaseado de albaricoque y patatas asadas. Todos la felicitaron por la comida, menos Travis que aún no había llegado de trabajar.

La invadió la preocupación y tuvo ganas de agarrar un caballo que no tenía idea de cómo montar e ir a buscar a Travis.

Hablaron de reparar cercas y de una vaca enferma que el veterinario vendría a ver en dos horas. Aparentemente, Declan se encargaba de la mayoría de problemas de salud de los animales, pero ese en especial se salía de sus conocimientos.

Los Anderson no habían asistido a las mejores universidades, pero estaban bien educados.

Limpió la cocina, barrió el porche, dobló un montón de toallas y Travis no llegó. A los otros no les preocupaba ya que aparentemente eso era de lo más normal, pero ella tenía en alma en un hilo.

No le gustaba la idea de que Travis trabajara tan tarde sin nada en el estómago.

Sin nada más que hacer, subió a la habitación y se tumbó en la cama.

Maldición, necesitaba salir de ese rancho rápido. No podía permitirse demorarse y lastimarlo más. Él estaba cada vez más ilusionado.

Un pequeño clic contra el cristal la hizo dar un salto. Miró a su alrededor, esperó y lo escuchó de nuevo. Siguió el sonido hasta la ventana y apartó las cortinas para ver al hombre que la traía de cabeza.

Se puso las sandalias y bajó corriendo las escaleras. Cuando llegó al porche delantero, una banda de tela le rodeó los ojos.

—¡Travis! —rió, pero la emoción la atravesó.

Él estaba bien.

—¿Recuerdas esa pequeña sorpresa que mencioné? —su voz era fuego lamiéndole la oreja.

Ella asintió.

—Ven conmigo —dijo, guiándola despacio.

¿Adónde la llevaba?

Estaba en alerta máxima, esperando, escuchando... A través de la venda detectó luz y escuchó una canción sonando a bajo volumen.

Además, olía a gasolina. Mierda.

—¿Lista?

Ella asintió, tenía la garganta seca.

Le quitó la venda y se encontró frente a su coche. Brillaba como nunca lo había hecho.

Se llevó las manos a la boca. Ya no tenía excusas para seguir en el rancho.

Tuvo que contener las lágrimas y fingir como toda una experta.

—¡Oh, Travis, gracias!

—De nada, te lo prometí.

Cuando se giró vio que él también fingía sus verdaderas emociones, que su sonrisa no llegaba a los ojos.

\*\*\*

Josh había dicho que esa sería la prueba definitiva. Si Elizabeth se alegraba de que el coche volviera a funcionar, significaría que se iba a dejar el rancho. Y si no, entonces Travis tendría una esperanza.

Imaginó esa escena en su mente todo el día. Deseando que ella no se alegrara.

Pero la realidad le había resultado muy distinta.

Y le había dolido. Como nada en la vida.

Apenas podía mirarla, no lo soportaba, la alegría dibujada en su cara lo apuñalaba profundamente. Y la forma en la que le había dado las gracias... Era obvio que ese había sido el momento que había estado esperando con ansias.

Las lágrimas amenazaron con derramársele de los ojos así que se alejó fingiendo que acomodaba unas herramientas.

—Está terminado. Listo para emprender el viaje. Yo mismo lo probé.

—¿Es esto lo que has estado haciendo toda la noche?

—Sí. Papá y los chicos me ayudaron.

—Muchas gracias, Travis. De verdad.

Ella fue hasta él y le tendió las manos, pero no pudo tomarlas. Sentir su piel sedosa habría terminado de desbaratar su corazón.

No, tenía que mantener las riendas y ser fuerte. Era un adulto y desde el principio había sabido en qué se metía... Al menos eso había creído.

Trató de sonreír.

—De nada. Lamento haber tardado tanto. Aunque eso ayudó para que pudieras tomar el lugar de mamá. Está mucho mejor. El doctor dijo que en unos días podrá volver a ser la misma de antes.

—Sí.

Ella dejó caer las manos. Colgaron a los costados como dos extremidades muertas.

El corazón le apretó con fuerza. Quería tocarla. No se pudo resistir.

La envolvió en sus brazos con fuerza. ¿Estaba temblando? Sí, probablemente por la emoción de su coche.

—Te voy a extrañar —dijo.

Ella asintió contra su pecho, pero no habló.

Sostenerla demasiado tiempo lo haría más difícil, así que la dejó ir. Sin embargo, Elizabeth no se alejó. Algo en lo más profundo de él saltó de arriba abajo, gritándole que volviera a tomarla y le hiciera ver lo que estaba sintiendo.

—Elizabeth, lo que tenemos no es una fantasía pasajera para mí. Yo ... —se mordió el labio—. Siento algo por ti. Algo grande. Aquí.

Señaló su pecho.

—Travis...—Se alejó—. Has sido increíble y nunca podré agradecerte lo suficiente.

Él la miró fijamente, mientras se imaginaba despertándose junto a ella cada día.

—Pero ambos sabíamos —continuó— que este día llegaría. Lo que hemos tenido ha sido especial. Me has sanado de muchas maneras.

—¿Entonces por qué quieres irte?

—Porque no pertenezco aquí, ni estoy lista para esto. Hui de mi ciudad con el plan de encontrar una nueva donde establecerme y empezar de cero.

—Podrías hacerlo aq...

Se interrumpió, incapaz de seguir.

—Ha sido maravilloso este tiempo en el rancho, pero no es mi plan. Travis por fin entendía esas frases tristes del desamor.

—Lo entiendo. Espero que encuentres tu lugar y que puedas ser feliz. Y espero que nunca me olvides, yo jamás podría hacerlo.

Sin más se volvió y salió del garaje, caminando tan rápido y fuerte como pudo. La hierba alta susurraba contra sus botas. No se detuvo ni se giró hasta que llegó al lugar donde había hecho el amor con Elizabeth por primera vez.

Entonces dejó que sus sueños se desplomaran y sus lágrimas salieran libres.

Los Anderson se reunieron alrededor del coche de Elizabeth para despedirla. Declan llevó su maleta abajo y la guardó en el asiento trasero. Josh revisó los neumáticos y le dio un kit de emergencia con una linterna, una manta y un poco de agua.

—Por si acaso —dijo.

Y Lou le entregó un paquete enorme con galletas y botellas de té dulce que hicieron que el corazón le doliera más. John le dio un fuerte abrazo que elevó sus lágrimas a la superficie.

Pero Travis...

Estuvo todo el tiempo de pie en el porche, lejos del grupo familiar, con los hombros como el hierro y la cara impasible.

Elizabeth lo entendió.

Ella le levantó una mano en señal de despedida y él se giró y caminó de regreso a la casa.

Luchando contra las lágrimas, se puso detrás del volante y salió del rancho Anderson sin mirar atrás. Dejar a esas personas que había llegado a querer como a una familia le arrancó el alma. Los adoraba a todos y nunca podría olvidarlos.

La noche había sido horrible. Sobre todo porque había soñado que él no la dejaba ir y al despertar la realidad la golpeó. Travis no iba a suplicarle, ni siquiera la despidió.

Ya lo había hecho una vez. Le había confesado su amor y ella todo lo que había hecho era dejarlo irse.

—Es lo mejor —susurró.

El mundo fuera del rancho no le resultó tan bonito, a pesar de que cuanto más se alejaba más urbanización encontraba. Su teléfono sonó una docena de veces con mensajes y llamadas perdidas. Pero no le importaba de quién eran, porque ninguno de ellos sería Travis Anderson.

Se detuvo en Vixen, en la pequeña cafetería donde vendían las mejores magdalenas de arándanos según Travis. Tenía razón, que la perdonara

Lou.

Luego cruzó cinco ciudades más. Ocho. Diez.

Hasta que ya no pudo conducir y se detuvo en un motel donde lloró hasta quedarse dormida.

\*\*\*

—¿Cuándo vas a quedarte quieto? —gritó Josh a Travis al límite de su paciencia.

—Cuando se me dé la puta gana.

—Basta ya —intervino Declan—. Por el amor de Dios, solo cierren el pico y trabajen. Me estoy muriendo de hambre.

—Te enamoraste, ¿no? —preguntó Josh.

Maldita sea, Travis no quería hablar de Elizabeth. Cada uno de sus hermanos lo había intentado y Lou incluso le había puesto el teléfono en las manos para que la llamara y la detuviera. Hasta John se había metido, a su manera brusca, pero le había echado el sermón sobre que las mujeres eran demasiado complicadas pero que algunas realmente valían la pena.

Travis se libró de la pregunta de su hermano con un gruñido:

—Solo suelta la maldita tabla para que podamos reemplazarla.

Una de las tablas del establo se había podrido y un caballo la había atravesado. El animal no había salido herido, pero les estaba costando lo suyo retirarla sin tener que destruir las demás que sí estaban bien.

—Si fuera tú —continuó Josh— la llamaría. Dile cómo te sientes.

—Ya se lo dije una vez y no sirvió de nada.

—Estás resentido —concluyó Declan.

—¡Demonios, estoy bien! Le dije que la amaba y ella me dejó. Punto.

—Tal vez se sorprendió al escuchar que la amabas. Ella tenía algún tipo de problema, ¿no? —retomó Josh.

—¿Cómo lo sabes?

Si Elizabeth se lo había confiado a Josh, Travis iba a ponerse furioso y dolido.

Él se encogió de hombros.

—Solo es una suposición. A veces se encerraba en sí misma. Creo que todos supusimos que tenía un pasado secreto.

—Un novio la lastimó.

—Entonces desconfía de los hombres, ¿verdad? Tal vez no era el mejor momento para escuchar una declaración de amor. Esas cosas tardan en

sanar.

—¿Y tú qué vas a saber? —preguntaron Travis y Declan al unísono.

—Ya saben que soy el alma sensible de este rancho.

Pusieron los ojos en blanco.

Travis analizó lo que había dicho su hermano. Puede que tuviera algo de razón, pero ella se había ido. Llamarla no era una buena idea, especialmente cuando no podía confiar en sí mismo, en su dolor y en su enojo. Los tiernos momentos que habían vivido los enterraría bajo una avalancha de mierda si estallaba al escuchar su voz y dejaba salir su frustración.

Gruñó en respuesta a Josh, y afortunadamente, el tema se zanjó.

Cuando entró a la casa a lavarse las manos antes de la cena, Lou tenía una expresión extraña en el rostro.

—¿Qué pasa? ¿La tía Diane viene a quedarse? —preguntó Travis.

—¡Travis!.

—Perdón, perdón. Solo era una pregunta.

—No es la tía Diane. Es Lizzy.

Se congeló, la toalla en sus manos resbaló hasta el suelo.

—¿Qué?

—Acaba de llamar.

Su corazón se aceleró, como un semental salvaje cruzando kilómetros de campos abiertos.

—¿Sí?

—No pretendas que no te importa, Travis.

Dios, al oír eso de su madre, se le hizo un nudo en la garganta.

—No quiero hablar de ello.

—Bueno, pues... preguntó por ti.

Se dirigió a la nevera en busca de su termo.

—Olvídate del almuerzo, mamá, ya no tengo hambre.

Salió de la casa y dejó a su madre.

Lou no se movió y sonrió al escuchar los pasos de regreso. Travis puso los ojos en blanco y asomó la cabeza.

—¿Qué dijo?

—Se estableció en Alto Bonito, tiene un trabajo de camarera y un apartamento.

Joder, se había ido lejos. No podía manejar esa distancia en un día. Incluso quedarse un fin de semana sería complicado. Estaban empacando

heno para el invierno y era un trabajo que requería de mucho tiempo. Cada mano era necesaria.

Aunque, por supuesto, Elizabeth no le había pedido que la visitara ni nada por el estilo.

Alto Bonito era una ciudad de gente joven. No pasaría mucho tiempo antes de que algún hombre la atrapara y él se convertiría en un recuerdo lejano.

—Eso es bueno. Me alegro por ella.

—Sé cuando estás mintiendo, cariño. Por supuesto que no estás contento.

El tono dulce de su madre lo engatusó hasta volver a convertirlo en un niño pequeño. Se mordió el labio y luchó contra la emoción.

—Tienes razón. Estoy mintiendo.

—La quieres.

—Sí, pero no tiene nada que ver con la tierra.

Su madre asintió.

—Si está destinado a ser, será.

—¿Cómo puede ser con Elizabeth a cientos de kilómetros de distancia?

—Tienes una camioneta. Ve y encuéntrala, Travis.

Como si fuera la cosa más fácil del mundo. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Ir a todos los restaurantes, bares y cafeterías preguntando por ella?

Su corazón dio un vuelco. Tal vez podría hacerlo...

—Tus hermanos pueden cubrirte. Al fin de cuentas, te deben una.

—¿Hablaste con ellos de esto?

—Oh, disculpa. Olvidé invitarte a la reunión familiar. ¿Cómo se me pudo escapar?

—Sabes, mamá. Tal vez no eres tan diferente de la tía Diane.

—Por amor a Cristo más te vale que te largues ya o te voy a dar un azote y que sepas que ese tamaño tuyo no me intimida ni un poquito.

Él la tomó en sus brazos y le dio un abrazo.

—Eres la mejor.

—Prepara tu maleta. Envolveré galletas y sándwiches.

—Envuelve algunas galletas extra. Las de mantequilla de maní son las preferidas de Lizzy.

\*\*\*

El sudor se acumulaba en la frente de Elizabeth. El turno de la cena era el peor, especialmente un viernes. Todos los residentes de la pequeña ciudad salían por una de las famosas bandejas de burritos.

Ella miró alrededor del restaurante sucio. Esa ciudad no se parecía en nada a Paradise Valley, el lugar donde se encontraba en rancho de los Anderson, pero después de conducir durante dos días, se había dado cuenta que nunca encontraría ningún lugar mejor, ni siquiera igual.

Estaba en su espejo retrovisor.

Lanzó un suspiro y colocó cuatro platos en su bandeja para llevarlos a la mesa. Los entregó a sus respectivos dueños y prometió traer salsa picante extra. Mientras se giraba para regresar a la cocina, el timbre de la puerta tintineó.

Genial, más trabajo. Un restaurante lleno con dos camareras que no daban abasto no era la mejor forma de disfrutar un viernes por la noche. El único consuela era que más trabajo significaba más propinas.

Cuando regresó con la salsa picante, se detuvo en seco a mitad del restaurante.

Parpadeó una y otra vez. Tenía que estar alucinando.

Allí estaba sentado.

Travis. ¡Su Travis!

No, sacudió la cabeza. No podía ser él.

Apretó la botella de salsa contra su pecho, conteniendo la necesidad de apartar el sombrero del hombre para asegurarse de que solo estaba imaginando cosas.

Pero no fue necesario, el levantó la mirada hacia a ella y sus ojos azules brillaron. Se acercó sin aliento.

—¿Qué estás haciendo aquí? —su voz era débil.

¿Se habían hecho realidad sus deseos? ¿Lo había atraído con cada uno de sus pensamientos?

Él agitó una mano hacia ella, haciéndole un gesto para que se acercara más.

Demonios, había conducido toda esa distancia por ella.

Ella obedeció. Su aroma a jabón y cuero la envolvió como antes. Más que nada, quería descansar la cabeza sobre su pecho y escuchar su corazón. Había sido una tonta al pensar que podría superarlo y estar lejos de él.

—Te quiero. Con toda mi alma.

—¿No me odias por haberte dejado??

—Nunca podría odiarte, Lizzy.

Metió la cara en sus rizos, como siempre hacía y la abrazó.

Ella se retiró lo suficiente como para mirarlo a los ojos.

—Lo siento mucho, Travis. Hasta que me fui, no me di cuenta de lo que quería. En realidad, hasta que te vi hace un momento, ni siquiera había querido admitirlo.

Apartó la salsa picante y deslizó sus dedos sobre su mejilla.

—Si supieras cuanto te he extrañado. Yo también te quiero, Travis. Más de lo que puedas imaginar.

—Eso espero, ha sido un viaje largo y no me voy a conformar con menos.

—Voy a resarcirte cada milímetro.

—Eso suena bien. Muy bien.

Ambos sonrieron y se besaron como nunca. Mientras el restaurante se seguía llenando y nadie comprendía por qué había una pareja besándose en mitad del lugar.

—¿Hay espacio para mí en ese rancho?

—Lizzy, mi familia no ha hecho nada más que hostigarme para llevarte de vuelta. Hay espacio suficiente. Pero no quiero que te pongas demasiado cómoda allí, porque voy a empezar a trabajar en nuestra casa lo antes posible.

Sus ojos se nublaron con lágrimas.

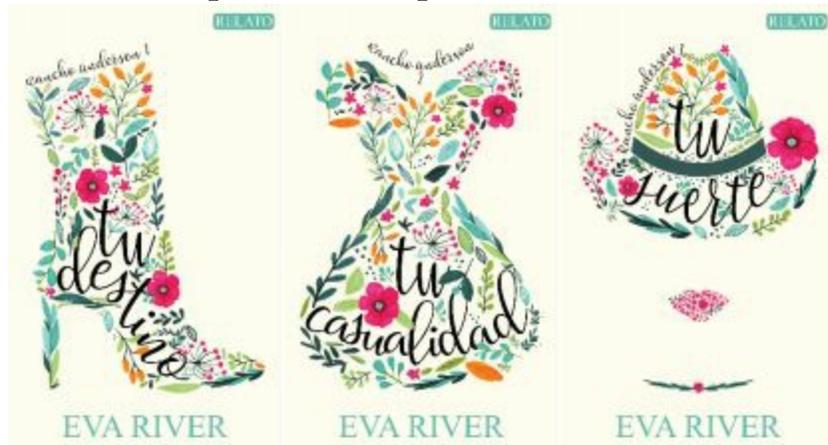
—Travis Anderson, vas demasiado rápido y soy una chica difícil.

—¡Y qué lo digas!

## Serie «Rancho Anderson»

Los Anderson tenían un ultimátum. O encontraban esposa o encontraban esposa.

¿Qué tan difícil podía ser? ¿Acaso no ponían a todas las chicas a babear por ellos? Pues... estaban a punto de comprobarlo.



¿A qué quieres saber qué pasa con los otros hermanos?

Entonces no dudes en seguirme en Facebook para que no te pierdas de nada.

Muy pronto «Tu casualidad» y «Tu suerte» disponibles en Amazon y Kindle Unlimited.

## Tu casualidad (Una probadita)

—Hola, Luis —saludó Travis al hombre.

Josh y Declan hicieron lo mismo, luego todos ensillaron su caballo y se separaron para cumplir con las tareas de la mañana. Luis trabajó junto a Josh. No por órdenes de nadie, sino porque se sentía más cómodo con él.

Josh estaba concentrado en el trabajo. El ritmo del rancho aliviaba la inquietud de la noche anterior. El sonido y los olores de las vacas funcionaban como un bálsamo. Estaba contento por eso. No le gustaba esa sensación de deseo ardiente. Se preguntaba si eso era lo que Travis había sentido mientras esperaba que Lizzy apareciera.

Se detuvo y desmontó. Luis frenó a su lado.

—Aquí hay una valla suelta.

—Sí. —Josh plantó sus manos en sus caderas y observó el panorama—. Parece que algún animal saltó y se llevó la cerca.

Luis asintió.

—¿Crees que perdimos una vaca?

—No lo sé. Es difícil que una vaca pueda saltar tan alto.

—Podría haber sido un ciervo.

—Sí. Aquí nunca se sabe. Tendremos que venir a repararla después.

Volvieron a sus caballos.

Tras dos horas de búsqueda, Luis encontró al animal entre un grupo de arbustos. Josh desenganchó su cuerda y de un solo movimiento lazo a la vaca que los había tenido todo ese tiempo tras ella.

Luis soltó un silbido aprobatorio. Josh sonrió. Era la primera vez que Luis mostraba personalidad.

—¡Vaya, tienes buena mano! —dijo el hombre.

Mientras se dirigían al establo, Luis dijo:

—Al menos tenemos a una de las vacas.

Josh soltó una breve carcajada.

—Sí, pero nos hizo perder el desayuno. Estoy muerto de hambre.

Luis afirmó con la cabeza.

—Cuéntame de ti, Luis. ¿Tienes esposa, hijos?

—Mi esposa murió hace algunos años.

—Lo siento.

—No estábamos muy bien cuando pasó. Tuve que venirme de México para buscar trabajo aquí. Pasamos más tiempo separados que juntos, pero la quería.

—Una vida dura...

El hombre suspiró.

—Siempre lo es para los vaqueros.

Josh asintió. Había puesto toda su vida en el rancho, pero nunca dejaba de pensar lo difícil que era. Le encantaba, por supuesto, trabajaba para un futuro mejor para él y su familia. Luis no tenía eso.

—Tengo una niña, sin embargo —retomó el hombre—. Una pequeña belleza al otro lado de la frontera

—¿Sola? —se sorprendió Josh.

—Sí. —La voz de Luis se rompió y Josh notó que la carga que el hombre llevaba en su interior era más pesada de lo que había imaginado—. Prometí traerla cuando su madre murió, pero no he podido hacerlo. Para una muchacha mexicana joven y bonita es más difícil conseguir una visa que para un viejo como yo. Ya sabe cómo funcionan esas cosas. Y, desde luego, no quiero que cruce de forma ilegal.

Cuando llegaron al establo y Luis se bajó de su caballo, sus hombros se desplomaron mientras conducía a la vaca a un corral vacío.

Josh desmontó su caballo y lo dejó libre en uno de los prados.

—Lamento tus problemas, hombre. La vida es dura.

Él asintió, cabizbajo. Parecía mucho más viejo que hacía una hora.

Josh le puso una mano en el hombro y lo apretó.

—Si hay algo que pueda hacer por ti cuenta conmigo y con mi familia.

El hombre lo miró de par en par y tomó su mano.

—¿Lo dice en serio?

—Por supuesto, para eso estamos.

—Usted es un buen hombre. Encuentra a los animales perdidos, es buen lazador, trabaja duro...

—Es mi trabajo.

—Sí, pero no lo es traerme comida extra. Cuidas a un viejo. Quizás

también podrías cuidar a mi hija.

La confusión se dibujó en el rostro de Josh. Trató de retroceder un paso, pero Luis no lo dejó. Sus ojos brillaban con una fiebre que hacía sonar campanas de alarmas en Josh.

—Eres un buen hombre. Joven, saludable y soltero. Vienes de una familia respetada. Podrías casarte con mi Andrea.

El joven sacudió la cabeza.

—¿Qué demonios? No voy a casarme con nadie.

Luis se arrodilló ante él. Sus ojos ardían de desesperación.

—Ella está atrapada en un infierno. Vive con muy poco dinero en una ciudad peligrosa. Y está sola. Es solo cuestión de tiempo para que algo malo le suceda. Tú podrías ayudarla. Cásate con ella y dale la ciudadanía.

Josh levantó al hombre por el cuello de la camisa, dándole una fuerte sacudida.

—Estás demente.

—No, solo soy un padre desesperado. No tiene que ser una boda real, solo para que ella pueda entrar al país. Andrea es una buena hija, una chica hermosa y digna.

Buscó a tientas en su bolsillo trasero y sacó la billetera. La abrió y sacó una foto arrugada con los bordes desgastados.

La garganta de Josh se cerró al ver al hombre con lágrimas en los ojos observar a la chica de la foto, con el anhelo de darle una vida mejor.

Lo conmovía, pero él no era el hombre indicado para ese trabajo. Además, ¿qué edad tenía esa chica? ¿Era eso legal?

Luis empujó la foto bajo la nariz de Josh. Elegantes ondas marrón oscuro se deslizaban sobre los hombros de la chica que eran del color del caramelo.

Josh no pudo evitar acercarse un poco, tratando de observar mejor el brillo de sus ojos y la plenitud de sus labios.

Después dio media vuelta y caminó hacia la casa.

Luis trotó junto a él.

—Ella es hermosa, ¿verdad?

—Sí, lo es. Pero no es para mí.

—Señor, por favor... Ella sería una buena esposa para usted. De verdad, es una buena mujer...

—No tienes forma de saber eso. Y estamos en el siglo XXI, ya no se arreglan los matrimonios. Más te vale que olvides esto. Siento mucho tu

situación, pero no puedes pedirme semejante locura.

Luis retrocedió, jadeando, con una mano sobre su pecho agitado.  
¿Iba a colapsar?

—En serio, debes encontrar otra forma de ayudarla.

Luis dejó la foto en la palma de la mano de Josh.

—Solo déjate la foto y... piénsalo.

Con el corazón latiendo fuertemente Josh cerró su mano alrededor de la foto. El hambre se le había ido ya.

—Entra y come. Mamá debe estar esperando.

El hombre pareció encogerse en su ropa, la derrota se apoderó de él.

—Bien. Solo piense en ello, Josh. Sé que tiene un buen corazón.

## Contacto de la autora

Espero, de todo corazón, que hayas disfrutado de Alex y Libby tanto como yo.

Además, si esta historia te gustó, te invito a que le eches un vistazo a mis otros libros.



Y si no te quieres perder mis próximos lanzamientos no olvides seguirme en [Facebook](https://www.facebook.com/evriver) o escribirme a [evriver@outlook.com](mailto:evriver@outlook.com).

Un abrazo enorme y un beso.

¡Gracias por leerme!

*Eva River*